



ALAR BENET

SENTENCIADO



OBRAS PUBLICADAS DE ALAR BENET.

EN F. B. I.:

- «La rebelión de los muertos», núm. 14 (2.ª edición).
- «El delator», núm. 21.
- «El coloso de hierro», núm. 29.
- «Muerte en el Caribe», núm. 34.
- «La promoción de la muerte», núm. 42.
- «Fidelidad», núm. 45.
- «Tras el telón de acero», núm. 51.
- «El genio del mal», núm. 55.
- «A la deriva», núm. 64.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|---|---|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) | 18. Tragedia en Berlín.
(2.ª edición.) |
| 2. La hora gris. (4.ª ed.) | 19. Alta traición. (2.ª ed.) |
| 3. El Rey del Hampa.
(4.ª edición.) | 20. Terror en la Academia
de Quantico. (2.ª ed.) |
| 4. El cobarde. (3.ª ed.) | 21. El Delator. |
| 5. Luchando en la sombra.
(2.ª edición.) | 22. Armonías de muerte. |
| 6. Contra Scotland Yard.
(3.ª edición.) | 23. Destinos cruzados. |
| 7. Su Alteza el Ladrón.
(2.ª edición.) | 24. Persecución. |
| 8. La ruta de la locura.
(2.ª edición.) | 25. Una ciudad abierta. |
| 9. A la ofensiva. (2.ª ed.) | 26. Horas trágicas. |
| 10. La redada. (2.ª ed.) | 27. La muerte alada. |
| 11. Shanghai. (2.ª ed.) | 28. Doctor X. |
| 12. Guerra de gangsters.
(2.ª edición.) | 29. El coloso de hierro. |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) | 30. Trampas mortales. |
| 14. La rebelión de los muer-
tos. (2.ª edición.) | 31. Contrabando funesto. |
| 15. El Hombre de las Tres
Caras. (2.ª edición.) | 32. Nueva York-San Fran-
cisco. |
| 16. Tánger. (3.ª ed.) | 33. Entre rejas. |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) | 34. Muerte en el Oaribe. |
| | 35. Secuestro. |
| | 36. El dueño del mundo. |
| | 37. Hermano contra her-
mano. |
| | 38. Flibusteros modernos. |

- | | |
|---------------------------------|-----------------------------|
| 39. Palestina en llamas. | 58. La bestia escarlata. |
| 40. La Ley del Terror. | 59. Huellas de ultratumba. |
| 41. A la desesperada. | 60. S. O. S., |
| 42. La promoción de la muerte. | 61. Billetes malditos. |
| 43. Tinieblas. | 62. Camino de perdición. |
| 44. Espías en la noche. | 63. Camaradas enemigos. |
| 45. Fidelidad. | 64. A la deriva. |
| 46. Sin cuartel. | 65. ¡Odio! |
| 47. Armour, expulsado. | 66. Cita de madrugada. |
| 48. La huida de Varka. | 67. «Killer», a sueldo. |
| 49. La Maffia. | 68. Muerte en el atardecer. |
| 50. Alaska, final de ruta. | 69. Loup-Garou. |
| 51. Tras el telón de acero. | 70. Punto final. |
| 52. Gangsters de guante blanco. | 71. ¡Mirad a las sombras! |
| 53. ¡Acusado! | 72. Entre esas brumas... |
| 54. Misterio en Viena. | 73. Tortura. |
| 55. El genio del mal. | 74. El Confidente. |
| 56. Hombres armados. | 75. ¡Terror! |
| 57. Pavorosa elección. | 76. El final de Rocco. |
| | 77. El vengador negro. |
| | 78. ¡Codicia! |

En preparación:

SECRETO DE ESTADO

OFRENDA

Un homenaje a los heroicos pilotos que bajo el lema «CUALQUIER COSA, A CUALQUIER HORA, EN CUALQUIER PARTE», contribuyeron a la más gigantesca epopeya aérea, venciendo el bloqueo de Berlín.

ALAIN BENET

DEDICATORIA

**A los hermanos Schulz, mis buenos
amigos, afectuosamente,**

ALAR BENET

I

¡SABOTAJE!



enredaban en el grupo de aviones
C-54

OS jirones de nieblas se

dispuestos a emprender el vuelo de Rhein-Main al aeródromo de Tempelhof, en Berlín. La visibilidad era nula y desde la torre de mandos se comunicaba frecuentemente a los pilotos el estado del tiempo, que no aconsejaba el despegue. La «Operación Vituallas», la más gigantesca que ha conocido el mundo, iba a ser suspendida por vez primera. Berlín, víctima del bloqueo ruso, no recibiría los cargamentos de harina preparados en los aparatos, que, cual unidades de un ferrocarril aéreo, con intervalos de tres minutos y

medio y en dos niveles de vuelo de unos quinientos metros de diferencia de altitud, eran esperados por las autoridades norteamericanas de la capital para proceder a su rápida distribución. En la batalla del aire, los estadounidenses deseaban demostrar su enorme potencialidad.

En un sobrio despacho del aeródromo, el mayor Tunner, jefe de Transportes, que había ido en visita de inspección, hablaba a veinte hombres que, en pie, escuchaban respetuosos. Tras un informe detallado, en el que se refirió al íntimo parte meteorológico, dijo:

—No podemos fracasar, señores. De los tres grupos de C-54

sólo partirá uno. Necesito voluntarios. Si consiguen aterrizar en Berlín transmitirán características especiales. Posiblemente se estrellarán antes de llegar a su destino. Piénsenlo.

El mayor, con semblante preocupado, se volvió a un mapa en el que se detallaba claramente la ruta de Rhein-Main a Tempelhof. Dos pilotos cambiaron breves impresiones. Uno de ellos, el capitán James Deering, habló en nombre de todos:

—Tendrá que designar a los que necesite. Nadie quiere quedarse en tierra.

—Gracias, señores. No esperaba menos de ustedes —señaló a seis hombres—. Partan inmediatamente. El tiempo tiende a empeorar. Usted, Deering, junto a la estación de control, recibirá las novedades. Suerte.

Los oficiales salieron. El capitán James aconsejó a su hermano, el teniente Thomas:

—No divisaréis las luces de Tempelhof. Habréis de hacer el aterrizaje a ciegas.

—Descuida. Soy casi tan bueno como tú.

Se abrazaron y Thomas Deering subió a la cabina de mandos del C-54, esperando el turno de despegue. Le correspondía ir el último en la formación.

Uno tras otro, los cinco aviones de sus camaradas se perdieron entre la niebla. James, desde tierra, respondió al saludo que su hermano le hacía con el brazo.

Apenas hubo ascendido el aparato cincuenta metros, sonó una formidable explosión y la bruma se iluminó con un rojizo

resplandor. Desde la torre de mandos dieron con las sirenas la señal de alarma, y una ambulancia, se puso en marcha a poca distancia del capitán, que de un salto se encaramó en el estribo. Fueron sólo unos minutos, pero a Deering le parecieron horas. ¿Habría muerto Thomas?

Sin vacilar, con riesgo de abrasarse, avanzó hasta los restos del avión, que ardía. Valientemente penetró entre las llamas. Cogió a su hermano, sacándole. Las ropas de los dos hombres llameaban.

La bomba de incendios les enfocó una de las mangas. La fuerza del agua hizo caer a James, que sintió fuertes escozores en las manos y en el rostro. Vio avanzar hacia él al mayor Tunner, y perdió el sentido.

Sus primeras palabras al recobrar el conocimiento obtuvieron una trágica respuesta del coronel de la base aérea.

—Su hermano, el teniente Thomas, ha muerto. Se investigan las causas del accidente. Me inclino a creer en un sabotaje. Entre los restos del transporte incendiado se encontró un mecanismo de bomba de relojería.

La desconcertante noticia hizo olvidar a Deering al ser querido. Sentándose en el lecho, exclamó:

—¿Sabotaje? ¡Imposible! Todo el personal es...

—De confianza, ya lo sé. Hemos de admitir los hechos consumados. Acuéstese. Tiene quemaduras en el rostro. Está bajo los efectos de un calmante y volverán los dolores.

James obedeció, preso de confusiónismo.

—¿Y los demás? ¿Llegaron? —inquirió con ansiedad.

—Sí. No debe preocuparse más que de usted. Ahí viene el teniente médico.

Entró el aludido, un hombre joven, de rostro sonriente:

—Hola, James. Voy a embadurnarte bien de ácido pícrico y te pondré una inyección. Una lástima lo de Thomas. Éramos grandes amigos.

—Lo sé, Pyne. ¿Es grave lo que tengo?

—No. Tu vida no corre peligro. Sin embargo...

El facultativo hizo una pausa, cruzando una mirada con el coronel. Deering apremió:

—Di. No soy de los que se asustan. ¿Deformidad física?

—Sí. Las manos y el rostro. Procuraremos que sea lo menos

posible. Ten ánimo.

—No me falta. Ahora menos que nunca. He de averiguar algunas cosas. ¿Qué es eso de la mesilla?

—La cartera y los papeles que llevaba encima tu hermano. El cuero de la zamarra impidió que se abrasaran.

—Entonces... ¿de qué murió Thomas?

—De la explosión de una bomba. Encontré alojado en su cerebro un casco de metralla. Ya hablaremos más despacio.

Quitó los esparadrapos que sujetaban a la frente y las mejillas grandes trozos de gasa, dejando al descubierto una zona rojiza, tumefacta, que lavó con un líquido amarillo. Terminada la cura, le vendó.

—No quedaste ciego por milagro, James.

El aludido no respondió. Su pensamiento se centraba en una sola palabra: ¡Sabotaje! Su hermano había muerto asesinado en acto de servicio. Sintió un pinchazo en el brazo. El teniente Alfred Pyne acababa de inyectarle. No preguntó qué, pero quince minutos más tarde, al sentir los efectos, comprendió que se trataba de morfina.

Experimentó los mismos síntomas que cuando le aplicaron la droga por vez primera al ser herido sobre Dunkerque. Nadie se explicó cómo pudo llevar el avión hasta la base de Harvich, en la costa inglesa. Tal proeza le valió la concesión de la Medalla de Honor, pensionada con diez dólares mensuales, destinados a engrosar un fondo especial de retiro.

La turbación aumentaba y con la opresión de la nuca iba cediendo. Notó una extrema laxitud, un total relajamiento de músculos. Le pareció que su cuerpo flotaba. No sentía en sus espaldas el contacto de la ropa de cama.

También él terminaría estrellándose contra el suelo en cualquier servicio. Se vio en el interior de un

C-47.

El aparato subía sin cesar, y aunque intentaba hacerse con los mandos, le era imposible. Thomas, junto a él, reía a carcajadas, burlándose de su impotencia.

Su imaginación fue serenándose, trasladándole a una casa de Washington, en la que una mujer lloraba. Era su madre. Le reprochaba que se incorporase voluntario a las Fuerzas Aéreas Británicas para combatir a los alemanes. Toda una vida pasó en un

segundo por su cerebro. Thomas le miraba con envidia, lamentando no poder seguirle. Apenas llegó él a Inglaterra su madre murió, y su hermano, dos meses después, se incorporaba a su misma escuadrilla. Los dos eran hábiles pilotos. Pertenecían a un aeroclub, centro de moda, donde disponían de avionetas para prácticas de vuelo.

Con extraño goce revivió las aventuras con Thomas y las muchas veces en que, después de un formidable escándalo en algún «cabaret» hubieron de huir para no ser apresados por las patrullas de vigilancia militar.

Los sueños gratos finalizaron con la visión espantosa, de un hombre con el cráneo destrozado por un casco de metralla, y el rostro de una mujer hermosísima, de ojos crueles, que se bañaba las manos en sangre...

Despertó con un formidable dolor de cabeza y la boca reseca. Las quemaduras del rostro y de las manos le molestaban.

Miró al campo, a través de la gran ventana de la enfermería. Una luz vivísima le convenció de que era plena mañana. ¿Cuánto tiempo permaneció durmiendo?

La respuesta la obtuvo de labios de Alfred Pyne, teniente médico de la base aérea.

—Más de diez horas. Te he visitado varias veces, comprobando que descansabas. Hoy podrás levantarte. Si fueran grandes las molestias, te inyectaría de nuevo, aunque debemos evitarlo.

—Aguantaré, gracias. Ayúdame. Voy a ver si resisto en pie. ¿Puedo mojarme las manos?

—No. Enviaré a tu asistente para que te frote el rostro con una toalla húmeda. Te despejará. ¡Mucho ánimo! Voy a ver a un cabo engrasador. Un fardo cayó sobre él, partiéndole una pierna. Volveré.

Un soldado pidió permiso para entrar. El contacto del agua fría reanimó a James, quien, una vez solo, sentándose en el lecho, tomó entre sus manos vendadas la cartera de Thomas, que abrió. No sin dificultades esparció sobre la colcha retratos y documentos. Apartó el carnet militar, examinando una a una las fotografías. ¿Qué buscaba? Ni él mismo podría decirlo. No obstante, la intuición guiaba sus actos. Le emocionó una «foto» de su madre, y otra le hizo contener un grito de asombro. Era el retrato de una mujer de

esplendorosa hermosura, una auténtica belleza. El pelo rubio y rizado, que le caía sobre los hombros y los ojos verdes rasgados, junto con una nariz recta y unos labios carnosos, formaban un conjunto admirable. Le sorprendió la dedicatoria: «A mi novio querido, con el más fuerte cariño, Maureen». ¿Quién era aquella mujer de la que Thomas nunca le hablara?

Se levantó, vistiéndose un «mono» caqui sobre el pijama y, aunque con poca, firmeza, recorrió el pasillo que le separaba de la habitación de su hermano. Buscó en su equipaje. Con un suspiro de satisfacción encontró lo que deseaba, un paquete de cartas. Regresó a su cuarto, comenzando a leerlas. Eran todas de amor. En el reverso de un sobre leyó: «Maureen Golesti. Wailersee Strasse, 28, Dessau». ¡Ella vivía en la zona soviética! Sin duda, por su apellido, se trataba de una rumana.

Por las misivas reparó que hablaban de «sus últimas conversaciones». Ahora comprendía por qué su hermano solicitaba tan frecuentemente permisos. Sin duda, iba a verla. ¿Con qué documentación? La respuesta se la dio un pasaporte firmado por las autoridades de ocupación rusas. ¿Cómo habría conseguido semejante documento?

Demasiadas incógnitas en torno a un noviazgo. Las cartas estaban ordenadas por fechas. En la última llamó su atención un párrafo:

«Werner se manifiesta comprensivo por vez primera y me ha dado toda clase de garantías. Insisto en que no es malo. Sigue su juego y por él es capaz de sacrificarnos a todos. Una vez resuelto el problema, podremos unirnos para siempre. ¡Hazlo!».

Sobreponiéndose al dolor, guardó la correspondencia en su maleta, tomando mentalmente nota de los datos. Tenía la certeza de que entre Maureen Golesti y Werner Ulbricht encontraría la clave del asesinato de Thomas. Le urgía empezar las investigaciones. Se miró al espejo. Detrás de los vendajes que cubrían sus mejillas se ocultaba el horror de su deformación. Le escocían las quemaduras.

Se sentó en la butaca de mimbre que hacía las veces de descalzadora; para vencer sus deseos de contemplarse sin gasas. Tal vez arrancar el apósito demorase la curación.

Entregado a tristes reflexiones, dejó pasar los minutos. Resultábale familiar el rostro de Maureen. ¿Dónde le vio antes? Se concentró. ¡Era la mujer que mojaba las manos en sangre en la pesadilla de morfina!

Con los dedos que quedaban libres del vendaje, extrajo un cigarrillo, que encendió con su mechero automático. El dolor empezaba a ser intolerable. En pie, paseó agitado. Miró su reloj, que marcaba la una. Una campana anunció que la comida iba a ser servida.

Se irguió. Necesitaba dominarse. La idea de pedir una nueva droga le produjo repulsión. Aún recordaba con espanto los sueños de la noche anterior. Necesitaba vencerse, no sucumbir al sufrimiento.

Con paso sereno, en un alarde de dominio, llegó al bar de oficiales. El coronel se le acercó:

—No debió venir, James. El teniente médico nos ha dicho que...

—Gracias, señor. Pyne exagera. Se trata de un percance, al que no ha de concedérsele demasiada importancia. Prepárame un combinado fuerte, Kennedy —dijo a un teniente.

—¿Un revulsivo?

Llamaban así a los

«cok-tail»

sin soda, a base de ginebra, coñac y ron. Lo tomaban los pilotos en las noches de invierno o en los momentos emocionales.

—Sí. Carga bien la mano.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero. Se volvió a uno de los que le miraban con simpatía:

—¿Qué tal ese viaje? Podéis ufanaros de haber llegado a Berlín con el peor tiempo.

—No tardó en despejar —repuso el aludido—. Una masa de aire del Sudeste nos libró de niebla. Hoy, volar es un verdadero placer. Le corresponde a la sección segunda. Celebro que estés bien. Alfred nos inquietó. Dijo que no serías capaz de resistir los dolores y tendría que repetirte la inyección.

—Le demostraré que se equivoca.

Con pulso firme, sabiéndose observado, apuró de un sorbo el licor. Sintió su garganta abrasada por el alcohol. Notó el peso de un brazo sobre sus hombros. Era Pyne, el médico de su sección.

—Mis errores, James, me enorgullecen si contribuyen a la mejoría del enfermo.

—No quise molestarte.

—No lo digo por eso. Oí tus palabras. No esperaba menos de ti. La Medalla de Honor no se le concede sino a los que han dado pruebas de su ánimo. Si volaste con una herida gravísima te creo capaz de hacerlo dentro de unos minutos, si fuera preciso. Sin embargo, permíteme un consejo de amigo y de profesional: no resistas demasiado. Quebranta el sistema nervioso. Si te molestan las quemaduras puedes tomar una píldora de estas cada dos horas.

Le entregó un tubo de cristal.

—Lo haré, Alfred. No obstante, quisiera, en lo posible, hacer mi vida habitual, salvo prestar servicio, claro está...

Con expresión de pesar adelantó sus manos, enfundadas en blancos vendajes.

—Por eso no se preocupe —terció el coronel—. Hasta que cure, si se empeña, me ocuparé de que sea útil. Pasemos al comedor. Va a enfriarse la sopa.

Salpicado el almuerzo de anécdotas relativas al bloqueo soviético, transcurrió la comida. James, ostensiblemente, sacó los comprimidos que le entregara Alfred Pyne y disolvió uno. El coronel jefe de la sección sonrió, satisfecho. Deering era su mejor hombre. Estaba seguro de que el obedecer delante de todos las indicaciones del médico era una clara muestra de su disciplina. Sin duda, no quería que le confundiesen con un jactancioso.

El ruido de los motores, pese a las cámaras de aire entre los cristales dobles de las ventanas, se hacía, a veces, ensordecedor. Los aparatos continuaban abasteciendo Berlín.

Tras un rato de sobremesa se dirigieron a sus respectivos cometidos. James volvió a su cuarto, a reflexionar sobre lo que le obsesionaba. Quizá las señales de las cicatrices entorpeciesen su labor. Un hombre marcado es fácil de identificar.

Elaboró un peligroso plan de acción. Alfred Pyne se mostró extrañado por la pregunta que le formuló Deering apenas entró en su cuarto, en la visita nocturna:

—¿Será fácil una operación de cirugía estética?

—Sí, aunque es necesario esperar a que se defina de un modo claro la deformidad física. De todas formas, aun con injertos, no

quedarás como estabas. ¿Por qué tan impaciente? Que yo sepa, nadie te espera en los Estados Unidos. El coronel, a propuesta mía, te concederá un permiso de tres meses. Bien ganado lo tienes. Puedes trasladarte a Nueva York y allí...

—No. En Múnich me entrevistaré con un médico alemán. Pienso recorrer Alemania en viaje de... turismo. Tienen fama de ser los mejores cirujanos del mundo.

—A tu gusto. Háblame con sinceridad. Sé lo que pretendes. Quieres vengar a tu hermano. No lo hagas. Si tienes alguna pista, facilítasela a las autoridades. Nos han anunciado desde Washington el envío de un agente del

F. B. I.

para esclarecer el sabotaje. Tú te dejarás llevar por la pasión y tal vez te pongas fuera de la ley. Es un consejo leal. ¿Qué enemigos tenía Thomas?

—Que yo sepa, ninguno. Eres demasiado suspicaz —repuso James—. Pretendo...

—No sigas, James, si no vas a decirme la verdad. El Federal Bureau of Investigation se encarga del caso. Hasta mañana. Si los dolores aumentasen y las tabletas no te los calmaran, avísame.

—Gracias.

El teniente Alfred Pyne salió del cuarto del capitán Deering molesto por la reserva de su camarada. James se desnudó despacio, acostándose. Tomó una nueva pastilla, sin resultado. El rostro y las manos continuaban escociéndole.

A veces, tanta era la tirantez de su piel, que le parecía que ésta se rasgaba.

Transcurrieron lentas las horas. En un vano deseo de vencer el insomnio, contó el número de aparatos que despegaban de la base. Se estremeció. La imagen de Thomas, muerto por la intervención de una mano criminal, llenó de ira su corazón. ¡Le vengaría!

Encendió el portátil de la mesilla. Su sistema nervioso, quebrantado por la larga vigilia, encontró un remanso en un cigarrillo. Con la imaginación llegó al descubrimiento del culpable. No escaparía sin castigo. El

F. B. I.,

tomaba cartas en la singular partida, en la que él iba a ser uno de los más arriesgados jugadores.

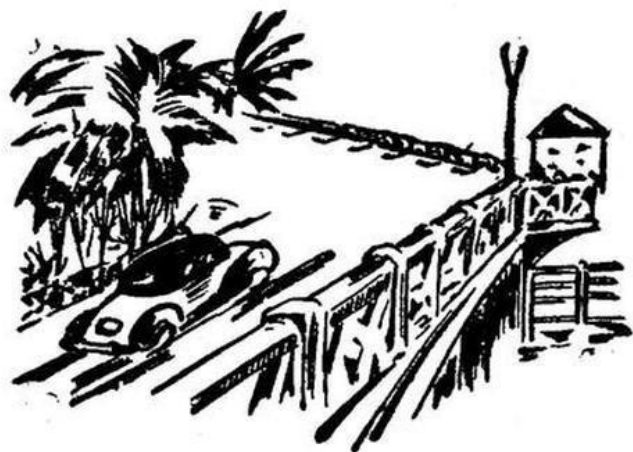
Evocó la inquietante belleza de Maureen Golesti. ¿Cómo sería Werner Ulbricht? Le supuso fuerte, un poco brutal.

Leyó, una vez más, un párrafo de la última carta recibida por su hermano: «Es capaz de sacrificarnos a todos. ¡Hazlo!».

Los motores rugían en el campo. En el alma del capitán James Deering también se agitaba un temporal de pasiones.

De madrugada, exhausto por la fatiga, se quedó dormido. Su último pensamiento fue:

«Apenas me den de alta iré a visitar a...»



NINO:

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡NO TIENEN RIVAL!

¿POR QUE? PORQUE LAS DEFIENDEN

Jack, agente del F. B. I.; Bill Soy, un muchacho
como hay pocos, y Sam, el hombre de la risa.
EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA

II

MAUREEN GOLESTI



L «*cabaret*» de Leopold Strasse, frente a la biblioteca Ducal, constaba de una sala amplia, en la que se alineaban las mesas, dejando entre sí rectos pasillos de un metro de anchura. La pista, cuadrada, permitía a los bailarines danzar con comodidad. En el fondo, sobre un templete, una orquesta de «jazz» interpretaba programas escogidos de música moderna. La decoración, sobria, era de buen gusto, y tres grandes arañas y numerosos apliques en las paredes iluminaban profusamente el local. A la izquierda, junto a la barra, una puerta de cristales esmerilados, semicubierta por una cortina, daba paso a reservados, de los que se contaban las peores historias, todas ellas

sin posible comprobación. A dichos cuartos no se penetraba por el establecimiento, sino por el portal de una casa de vecindad, hecho sólo conocido por los asiduos contertulios al «*cabaret*», el más lujoso de Dessau, la ciudad alemana enclavada en la zona soviética, casi en el centro del triángulo formado por Potsdam, Magdeburgo y Leipzig.

Aquella noche, como tantas otras, la concurrencia era extraordinaria, destacando, por la vistosidad de sus uniformes, los oficiales de la Volkspolizel rusa. En una de las mesas preferentes, rodeado de miembros de su Estado Mayor, se hallaba el general Basilio Sokolovski, antagonista del norteamericano Clay. Numerosas mujeres departían amistosamente con los jefes rusos, que derrochaban pródigamente los marcos.

Pese a la música, al champaña y al «vodka», a las risas y bromas, existía un ambiente de especial tensión, que se palpaba en el aire, que todos se esforzaban inútilmente en vencer. Los alemanes sentíanse desplazados.

En uno de los extremos de la pista de baile, junto al micrófono, una joven de singular hermosura interpretaba «The end of a Perfect Day», la popular canción americana. El numeroso público escuchaba en silencio. Varios oficiales, que ocupaban una mesa contigua a la del general Sokolovski, tras cruzar una significativa mirada con su superior, entonaron desaforadamente un himno militar ucraniano, acompañándose con el golpear de las botellas en las mesas. Un grupo de germanos, muy próximos a la mujer, se miraron, y uno de ellos, recomendando calma a sus compañeros, se levantó. Era un individuo alto, delgado, de rostro anguloso. Sus manos, de dedos largos, denunciaban al intelectual. Con una sonrisa forzada se acercó a los rusos:

—Por favor, señores. «*Fräulein*» Maureen se enojará con ustedes.

—Y ¿qué nos importa? Pagamos para divertirnos, no para oír música derrotista. Sí tuvieran vergüenza interpretarían composiciones del país de la libertad.

—Les suplico de nuevo que se callen.

El hombre se inclinó ceremonioso, dando media vuelta. Sus ojos centelleaban de cólera y, ya junto a los suyos, las manos le temblaban al coger la copa de champaña. Detrás de él, los oficiales habían aumentado en sus voces y se mofaban en alta voz de la

cortesía desplegada por el que, en un esfuerzo por dominarse, había apretado un grueso dije de oro que colgaba de la cadena del reloj hasta doblarle.

—Déjeme, jefe —pidió un individuo de mediana estatura y manos anchas.

—¡Quieto! Aquí no, Franz. Les esperaremos a que salgan.

Al fin terminó la canción, aplaudida por los alemanes que llenaban el local. La cantante, desde donde se hallaba, insultó a los alborotadores:

—¡Cerdos!

La comprendieron quizá más por el gesto que por la palabra, pues la distancia era grande. Un comandante, medio embriagado, se acercó a ella, que le miraba en actitud, de desafío. La cogió por un brazo con violencia:

—¿Qué has dicho? ¡Contesta!

—¡Cerdos! ¿Lo quieres más claro? —respondió la mujer, con altanería—.

Cer-dos

—silabeó—... Sois unos salvajes. ¡Suelta!

La muchacha temblaba de indignación. El ruso, en un arrebatado de cólera, al sentirse insultado públicamente, la propinó una bofetada.

—¡Retira, esas palabras! Nosotros...

No pudo continuar hablando. Franz Stroop golpeó en el cuello al comandante con sus manos anchas, derribándole sin sentido. El hombre alto, delgado, que intentó evitar el incidente, comenzó a entonar el «Deutschland über alles»[1], que pronto fue coreado por sus compañeros de nacionalidad. Una botella mal dirigida se estrelló en el respaldo de una silla. A partir de ese momento, el infierno pareció desatarse sobre, el «cabaret». Los oficiales atacaban y se defendían. Volaban las sillas, abatiendo mesas o personas. Los chillidos histéricos de las mujeres contribuían a aumentar el confusionismo.

Alguien apagó las luces, al tiempo que una voz gritaba:

—¡La patrulla!

Se organizó la desbandada y en pocos minutos quedó desalojado el local.

Maureen Golesti, que presenciaba impasible la lucha cantando a

pleno pulmón el «Deutschland über alles», cuando se hizo la oscuridad, se sintió levantada por dos brazos fuertes, que la trasladaron al exterior. Lejos se oyeron los silbatos de los policías.

—Sígueme. Si nos cogen estamos perdidos.

Ella fue tras el que así hablaba. Corrieron por Moltke Strasse, para tomar la calle Roon, de la que pasaron a la de Albrecht, deteniéndose en el atrio de la iglesia de San Pedro, cerrada al culto. Por vez primera se miraron.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer, intentando divisar el rostro, que se escondía en las sombras.

—James Smith, un amigo de los alemanes.

—¿Americano?

Hubo una larga pausa antes de que la joven obtuviese respuesta.

—Sí, Maureen. Podemos ir despacio. No nos amenaza ningún peligro.

—¿Me conoce?

—¡Y quién no! Voy todas las noches a admirarla.

Anduvieron y, torciendo por Mendelssohn Strasse, llegaron a Gansewall, bordeando el jardín Schiller. Ella, parándose debajo de un foco del alumbrado eléctrico, contempló el rostro de su acompañante. Era una cara inexpresiva. En ambas mejillas, disimuladas por la moderna cirugía, veíanse dos leves líneas amoratadas. Él explicó:

—Me transformé. Hube de huir de mi patria por razones que no vienen al caso y el

F. B. I.

me sigue. No sé por qué le cuento esto. Tal vez en demanda de ayuda. En el «*cabaret*» había un tipo que no me quitaba la vista de encima. No me atrevo a volver a la pensión. Adiós, Maureen. No quiero comprometerla.

El que dijo llamarse James Smith tendió la mano a la artista, y con la cabeza inclinada, como si estuviera abrumado por una desgracia, se apartó de la joven. Maureen, dejándose llevar por el impulso, le contuvo con el gesto y la palabra:

—Espere, Smith. Contésteme sinceramente a una pregunta. ¿Odia a los rusos?

—Me tienen sin cuidado. Peleé contra ellos porque la insultaron a usted. No acostumbro a complicarme la vida con otros problemas

que no sean los míos. No encuentre ridículo lo que voy a decirle. No haga nada por mí. En un momento de debilidad solicité su protección. La quiero, pero soy un reclamado de la Justicia. Por eso me he escondido en la zona soviética. ¿Me da un cigarrillo? Agoté esta noche los últimos marcos en pagar la copa de coñac que me ha permitido verla.

Maureen, sugestionada por el brillo de los ojos de aquel hombre, que la miraba de forma extraña, mezcla de altanería y sumisión, de dureza y amor, respondió:

—Quedaron en el «*cabaret*», en mi bolso de mano. Venga a casa. Juntos estudiaremos su situación. Quizá encontremos un remedio.

—Acepto. Prolongaré estar junto a usted.

Había tanta deferencia y respeto en el tono de voz de Smith, que ella le sonrió con simpatía, ofreciéndole el brazo. James la tuteó con tal naturalidad que la muchacha no protestó:

—Eres muy hermosa, Maureen, hermosa y buena. ¡Por qué no te habré conocido cuando apaleaba los dólares en Chicago! ¿Vives muy lejos?

—No. Es aquí, en el veintiocho de Waldersee. Sólo habitamos dos vecinos en la casa. Un alemán llamado Werner Ulbricht y yo. ¿Qué te ocurre? Ha temblado tu mano.

—Llevo dos días con fiebre. Apenas si he comido. Espera. Mírame a los ojos. Te quiero y no deseo ser un estorbo en tu vida. Entiendo el amor de una forma especial. Pese a mi turbio pasado, sé que el sacrificio ennoblece a los humanos. Lo único digno que ha nacido en mi corazón es tu cariño. Si has de decirme que perteneces a otro, déjame marchar quién sabe si a la muerte...

El semblante del hombre expresaba un profundo dolor.

—Vamos, Smith. No seas niño. Sube. Quizá puedas serme útil. No hay nadie en mi vida.

Las pupilas de él brillaron felices. Pareció rejuvenecido.

Transpusieron un estrecho portal, subiendo un tramo de escaleras. Maureen Golesti abrió una puerta con un llavín de fabricación inglesa y atravesando un pequeño «*hall*», llegaron a un cuarto coquetonamente amueblado. Se adivinaba en los detalles el exquisito gusto de una mano femenina. Sobre un mueble librería de estilo colonial, varios búcaros con flores y un marco de metal sin retrato. Cortinas, rameadas en rojo y negro, ocultaban dos puertas.

Una mesita de centro y un tresillo de cretona brindaban cómodo asiento. Completaban la decoración unos platos, de cerámica, un velón dorado y dos palmatorias diminutas. La habitación, no muy amplia, era confortable.

Ella, observando el interés con que James lo miraba todo, preguntó:

—¿Te gusta?

—Mucho. Se encuentra uno como en la propia casa.

Se acomodó en el diván, fatigado. Maureen le tendió una caja de tabaco, de la que él extrajo un cigarrillo, que encendió, complaciéndose en la operación.

—Gracias, querida. Te portas conmigo mejor de lo que merezco. ¿Dónde vas?

—A la cocina. Prepararé unos bocadillos de salchicha.

Salíó del cuarto. Viéndola alejarse, James Smith admiró, una vez más, el talle gentil de la muchacha y su desnuda espalda. No se movió de donde estaba. Únicamente sus ojos denotaron una leve excitación. Transcurrieron los minutos. Con ademanes estudiados se dirigió a una repisa en la que había un espejo, en el que examinó su cara. Pocos podrían reconocer en él al capitán de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas James Deering, ni aun sus mismos camaradas. Recordó con un estremecimiento los dos largos meses que hubo de pasar en la clínica del doctor Carl Edel, en Múnich. Los injertos fueron dolorosísimos, pero le desposeyeron de un aspecto realmente horrible. Sus mejillas, pese a las leves cicatrices, presentaban una superficie tersa, blanquecina, No negra y plena de rugosidades. La frente no fue necesario tocarla. La piel se regeneró por sí sola. En cuanto a sus manos, que llevaba enfundadas en finos guantes de goma por prescripción del doctor, conservaban su agilidad. Hizo una nueva demostración de ello sacando rápido una «German Luger» de la funda axilar.

Se acomodó de nuevo, sin abandonar el espejo. Tornó a mirarse. Tan abstraído estaba en su contemplación, que no sintió a Maureen, que portaba una bandeja y una botella de cerveza.

—¿Te gusta tu aspecto?

—Aún no. Dentro de dos meses, el rostro tornará a su color habitual y desaparecerán los signos de la operación. Tengo el convencimiento de que el cirujano me delató. De no ser así, ni aun

el

F. B. I.

me hubiera reconocido.

—Quítate los guantes y come esto.

—Lo haré con ellos. Ordené que me deformaran las huellas dactilares y están frescas las heridas. ¿Dónde vas ahora?

—A cambiarme de ropa. Me molestan los tacones.

—Estás así, preciosa, Maureen.

Sació su apetito. Apenas hubo terminado, la muchacha entró. Vestía una bata azul, adornada en blanco, que llegaba hasta los pies. El cabello, suelto, caíale sobre los hombros, hermo­seando aún más la figura.

—Cuéntame cómo has llegado a esta situación —dijo.

—Es una larga historia, que resumiré en breves palabras. Huí de casa a los diecisiete años, para no soportar a un padre borracho. Mi madre murió al nacer yo. Rodé por los suburbios de Nueva York. Ingresando en un «gang». Dimos buenos golpes y me trasladé a Chicago, para no ser preso por los de la Metropolitana. Allí organicé un grupo, especializándome en la «protección de establecimientos». Varios asaltos me hicieron rico en pocos meses. Mis hombres me temían y respetaban. Un polaco me encargó el robo de unos planos de las oficinas del aeropuerto militar y fracasé, siendo descubierto por los de la Oficina Federal de Investigación. Nos acorralaron. Pude escapar por una alcantarilla. Acosado, huí a Nueva York, ingresando de marinero en un buque de carga que traía alimentos a Bremer-Haven. Desde allí me trasladé, a través de la zona británica, a Nuremberg, donde estuvieron a punto de apresarme los del

F. B. I.

Compré un pasaporte falsificado y llegué a Dessau. Tenía el presentimiento de que continuaban detrás de mí y me refugié en el «cabaret» de Leopold Strasse, donde te conocí. No hice más que verte y, de voluntad, me esclavicé. Aun sabiéndome vigilado, me importó poco todo con tal de seguir admirándote. Disponía, de cerca de dos mil marcos. Tuve una idea, y en el ferrocarril me trasladé, a Múnich, poniéndome en manos de un especialista en cirugía estética. Agoté mi capital. En la zona americana utilizaba un certificado del capitán del barco que me trajo, acreditándome como marino. Volví a Dessau. No podía vivir sin ti... ¿Comprendes?

Supuse hallarme fuera de peligro. Esta noche, alguien me miraba mucho, como queriendo reconocerme. Han debido traicionarme. No sé qué hacer ahora. ¡Si pudiera encontrar trabajo y amigos...!

—Tal vez pueda proporcionarte eso. Aguarda. Voy a hablar con Werner Ulbricht.

Se incorporó, decidida, y sin dar tiempo a que James se opusiera, se dirigió a la puerta de la calle. Sonó el pestillo al cerrarse, y entonces, Deering, tras convencerse de que se hallaba solo, abrió los dos cajones del mueble librería, sin encontrar lo que buscaba. Alzó la cortina del dormitorio, quedando asombrado de su suntuosidad. Era de caoba, barnizado en granate, con adornos de marquetería. A la izquierda, una coqueta provista de un gran espejo. La registró. Las manos le temblaron al levantar un retrato de Thomas, dedicado a Maureen. Por su tamaño comprendió que pertenecía al marco del cuarto de estar. ¿Y las cartas? Tenía la seguridad de que su hermano mantuvo correspondencia con la mujer.

Buscó inútilmente, y al sentir un ruido en el pasillo, pasó al cuarto de estar, sentándose en un sillón. Diez segundos más tarde llegaba Maureen Golesti con el individuo alto y delgado que se acercó a los oficiales rusos en actitud conciliadora.

—Werner, te presento a... ¿Qué haces?

La joven dio un paso atrás, asombrada de la reacción de su acompañante, el cual, empuñando una pistola «Skoda», rugió:

—¡Traidor! Voy a matarte ahora mismo.

James, pálido, apenas si se movió. Dijo, con voz serena:

—No hagas melodramas. Si estás celoso, no busques pretextos. Es la primera vez que te veo.

—De un modo u otro ha llegado tu hora —amenazó el alemán. Los hombres de tu ralea no deben existir. Contaré hasta cinco para complacerme en tu terror.

Los dos rivales se hallaban separados por un metro escaso. Werner Ulbricht, en pie. Deering se recostó aún más en el respaldo de la butaca, apoyando la pierna izquierda en el suelo.

—Uno... dos... tres...

El dedo se curvaba en torno al gatillo. James creyó llegado el momento oportuno y, mientras se preguntaba cómo habría podido descubrirle, empujó el sillón y su puntera derecha golpeó la

automática de su enemigo, haciéndola saltar. Con extraordinaria agilidad se puso en pie, abalanzándose contra el germano, que intentaba asir el arma. Maureen le gritó que se estuviera quieto, pero él no hizo caso, encolerizado. Rodaron los dos hombres. James, cogiendo a su enemigo por las solapas, le levantó. Fue a golpearle, pero una mano de mujer le sujetó por la muñeca.

—No seas loco. Era una prueba —como el joven dudara, ella insistió—: Ulbricht necesita gente resuelta y no admite al primero que se presenta. Reaccionaste bien.

—Más vale que sea así —respondió, no muy convencido, Deering—. Son peligrosos determinados experimentos.

Le soltó, desenfundando su «German Luger».

—Guárdate eso —ordenó, sonriente, Werner—. Soy tu amigo.

El alemán tendió su diestra a James, que la estrechó, venciendo la repugnancia que le dominaba. Tal vez aquella mano estuviese manchada de la sangre de Thomas.

—Lo celebro. ¿Puedo fiarme, Maureen?

—Sí. Peleasteis juntos en el «*cabaret*». Sentémonos. Ya te avisé, Ulbricht que éste no era como los otros. Los «gángsters» americanos tienen fama de audaces.

Sonrió irónicamente el alemán.

—Lo sé. No me hubiera dejado sorprender tan fácilmente de ser verdaderas mis palabras. ¿No te importa ponerte fuera de la ley?

—Ya lo estoy.

—Me lo ha contado todo Maureen. Quería cerciorarme. Abajo, en un coche, nos esperan tres hombres de mi grupo. Vamos a liquidar a un ser molesto y peligroso.

—¿A quién?

—Ya lo verás.

—¿Condiciones?

—Luego hablaremos de ellas.

Viendo que Maureen no se limitaba a acompañarles hasta la puerta, como supuso, sino que bajaba las escaleras, preguntó a Werner:

—¿Viene también la muchacha?

—Sí. Quiero que presencie algo que le gustará.

No se opuso, para no despertar el recelo de sus cómplices. Le repugnaba el asesinato a sangre fría, pero más aún que hicieran

partícipe a una mujer. Le extrañó que su jefe no le presentara más que a uno de sus compañeros, al robusto Franz Stroop, que estrechó entre las suyas la mano de Deering, amenazando triturársela.

—Bienvenido, Smith. Necesitamos gente con agallas. ¿Vamos, jefe?

—Sí.

Delante iban el conductor y otro hombre, que escucharon atentos las explicaciones de Werner:

—Parad en la esquina de Blumenthal con Moltke. Acostumbra a salir de su domicilio a las seis de la mañana para la estación. No creo que el incidente modifique su horario. Está amaneciendo. Ve despacio. Disponemos aún de tres cuartos de hora.

Ulbricht y Maureen se acomodaron en el asiento posterior y Franz y James en los transportines. El lugarteniente de Werner ofreció cigarrillos, que aceptaron todos.

—Ya te vi hacer molinetes con una silla —le dijo a Deering, mientras se guardaba la pitillera—. ¿Por qué te pusiste de nuestra parte?

—Razones sentimentales. Me gusta pelear. Disfruto rompiendo huesos.

—Nos parecemos. Tú y yo vamos a llevarnos bien.

Callaron. James, sabiéndose observado, inclinó la cabeza, entregándose a sus pensamientos. Adivinaba la personalidad del que iban a asesinar. Se trataba del comandante que abofeteó a la muchacha. Imposible avisarle. Iba a colaborar en una muerte alevosa. La ley no se lo perdonaría.

Evocó las frases de Alfred Pyne, el teniente médico de la base de Rhein-Main: «Si tienes alguna pista, facilítasela a las autoridades. Te dejarás llevar por la pasión. Es un consejo leal».

No era tiempo de reproches. Eligió libremente su camino. Tenía la certeza de que Werner y Maureen no eran ajenos al sabotaje que destruyó el

«C-54»

en el que perecieron su hermano y tres hombres de la tripulación. Resultaba increíble que aquella muchacha, que fumaba distraída, interviniese en acciones criminales. Se recreó en su belleza, procurando llamar la atención de Werner. No tardó en obtener el efecto apetecido. Ulbricht, en tono áspero, exclamó:

—No te enamores de ella. Imagínate que es una estatua. Es una advertencia.

—No importa. El hielo se funde al contacto del calor. Mis sentimientos me pertenecen. Soy libre de admirarla.

La respuesta no fue altanera, sino amistosa. Maureen intervino:

—No hagas caso. A Werner no le gustan complicaciones en sus negocios. ¿Por qué nos detenemos?

—Sólo resta media milla al lugar indicado —explicó el chófer. Voy a ganar unos minutos.

Imperó otra vez el silencio, roto por James:

—Me gustaría conocer detalles. Supongo que sois un grupo de patriotas en lucha contra las fuerzas de ocupación. ¿Me equivoco?

Tal vez —replicó Werner—. Ten paciencia.

Cuando liquidemos a ese canalla te pondré al corriente de todo.

Muy de tarde en tarde pasaba algún hombre con un hatillo de comida en su mano derecha. Eran los obreros que trabajaban en las carreteras y reconstrucción de puentes, lejos de la ciudad. Una patrulla de soldados, al mando de un teniente, se acercaba. Ulbricht mandó:

—Arranca despacio. Tú, Maureen, canta a gritos. Nosotros te corearemos. Somos un grupo de juerguistas.

Los soldados pasaron de largo, no sin dirigir envidiosas miradas a hombres que podían hacerse acompañar de una mujer tan hermosa. El vehículo, desviado de su dirección, pasó frente al Salón de Bellas Artes y la Escuela Real del Comercio, aumentando la velocidad a la altura del teatro Ducal, con su gran porche de seis columnas, en Kavalier Strasse.

—Restan veinte minutos... —comentó Franz Stroop.

—¿Por qué salimos tan temprano? —inquirió Maureen.

—Si la policía militar nos ha localizado, ya estará en nuestro domicilio revolviéndolo todo. Nos será fácil averiguarlo al volver, porque acostumbran a dejar dos centinelas en el portal. De haber sucedido, tendremos que trasladarnos de ciudad.

—Cerrarán el «cabaret», ¿no?

—No lo creo. Es el único que merece la pena en Dessau y ellos acostumbran a frecuentarlo. Impondrán una multa al propietario. Aparte de que Maureen, apenas sea hora discreta, irá a pedir perdón al general Basilio Sokolovski, que pasa aquí una temporada de

descanso.

La concreta respuesta de Werner llenó de estupor a Deering. Aquel hombre disponía a su antojo de la voluntad de la muchacha. La miró, interrogándola sin palabras. Ella asintió:

—Será lo mejor. Me gano la vida en ese establecimiento y no es grato ser enviada más allá del telón de acero. Lo esencial...

—Estamos llegando —interrumpió Ulbricht. El automóvil se detuvo en la esquina de las calles Moltke con Blumenthal—. Tú, Franz, ve al volante. Actuarán Heinz y Max.

Los aludidos se miraron inquietos, pero no se atrevieron a oponerse a las órdenes de Werner, que, sonriente, les animó:

—Será fácil. Saldrá del segundo portal. Esperáis a que se vuelva, y entonces sacáis las pistolas. Tiradle de cerca, para no fallar el tiro. Os daré mil marcos a cada uno de gratificación. Andad. Va a salir. Ese individuo tiene la manía de la puntualidad, aunque no haya dormido más que tres horas.

James, tensos los nervios, la mano hundida entre la americana, apretando convulso la pistola, clavó sus ojos en los dos asesinos que iban a matar por la espalda a un hombre. Aquello era una cobardía. ¿Cómo impedirlo? Sólo de una forma: dando la alarma. Sus ideas políticas estaban divorciadas de las que profesaban los soviéticos, más aquel comandante era un ser humano y el crimen, en todos los casos, es abominable.

—Pareces nervioso —le dijo Ulbricht, burlón—. ¿Es la primera vez que intervienes en un delito de sangre?

—No. Acostumbro a matar cara a cara. Me repugnan estos procedimientos.

—Son necesarios. No te preocupes. No sucederá nada. ¿Verdad, Franz?

El aludido rió muy bajo. Deering no pudo preguntarse a qué obedecía tal regocijo, porque un hombre, en el que reconoció al promotor del alboroto del «*cabaret*», salió a la calle de una casa cercana con las manos hundidas en los bolsillos exteriores de la guerrera. Max y Heinz, tras cruzar una significativa mirada, avanzaron unos pasos, desenfundando unos revólveres, que no llegaron a usar. Cuatro hombres de paisano, armados con metralletas, surgieron de los quicios de los próximos portales, acribillando a los secuaces de Ulbricht. El comandante miró hacia el

coche parado, haciendo un gesto de saludo James se mordió los labios. Ahora comprendía.

—Nos estorbaban —explicó Werner—. Te hablaré claramente, Smith. Maureen te avala. Estamos a las órdenes de las autoridades de ocupación, realizando misiones de tipo...

Se detuvo, no encontrando la palabra adecuada. Deering sugirió:

—¿Espionaje?

—Quizá haya de eso. Hacemos lo que se nos encomienda. Sabotajes, asaltos a mano armada, ejecuciones sin previo... sumario... Avisé al comandante, que acaba de agradecernos nuestra actuación, de que se proyectaba un atentado contra él. Es el director de los servicios ferroviarios de la localidad. Le pedí veinticinco mil marcos por la delación, comprometiéndome a enterarme el día y la hora. Le visité anoche, a la hora de la cena. Cobré en buena moneda y me trasladé al «*cabaret*». Heinz y Max no eran de mi confianza y habían fracasado dos veces. Formé un plan, que me reportaba una triple ventaja: ganar una buena suma, crecer en la estimación de mis jefes y liquidar dos posibles traidores. ¿Qué te parece?

James tardó unos segundos en responder. La sensación de asco era demasiado grande. Se contuvo con un formidable esfuerzo.

—Genial —contestó—. No se me hubiera ocurrido nada mejor. Entonces, ¿lo de antes?

—Pura farsa. Interesa ganarse la estimación de los patriotas. Al parecer, en Dessau existe una organización clandestina que organiza atentados y sabotajes contra las autoridades e instalaciones de guerra soviéticas. He de descubrir a los organizadores de tales actos. Tengo un hombre en sus filas. Espero que, en breve, me pidan que ingrese, y entonces será llegado el momento de actuar. Me manifiesto hostil contra las fuerzas de ocupación y paso por un fanático nazi. ¿Alguna duda más?

—Sólo una. ¿Por qué aseguraste que Maureen iría a ver a ese general para suplicarle perdón?

—Hay que cubrir las formas. Él la aguardará rodeado de su Estado Mayor y se dejará conmover por las lágrimas y la belleza de su visitante. No clausurará el «*cabaret*». Ordenará después salir a todos, dándole instrucciones. Ya sabes la entraña de nuestro negocio. ¿Te interesa?

—No tengo dónde elegir. ¿Muchos beneficios?

—Bastantes.

—Adelántame unos billetes. He agotado los fondos.
Ulbricht contó mil marcos, entregándoselos a James.

—¿Te bastan?

—Desde luego. Eres muy generoso. Con «tipos» como tú se puede trabajar.

Guardó el dinero. El coche corría por Albrecht Strasse.

—Te hospedarás en mi casa —mandó Werner—. Es menos peligroso. Los de la

M. G. B.

[2] pueden causarte molestias. Ellos no saben que colaboramos con determinados jefes rusos para resaltar su importancia política en el Kremlin. Nos han denunciado tres veces y detenido dos. A la mañana siguiente nos ponen en libertad.

Habían llegado al número 28 de Waldersee. Maureen invitó:

—Venid a tomar una copa. Hemos de celebrar nuestro triunfo.

Ulbricht accedió y, dejando a James y a Franz la tarea de encerrar el coche en el garaje contiguo, subió con la mujer, que le reprochó:

—¿Por qué le has informado tan pronto? Es peligroso.

—No lo creo. Se ve que tiene costumbre de manejar las armas. Su rostro, efectivamente, fue transformado. Le he dicho lo imprescindible. Preparo un golpe espectacular. No te preocupes, querida. Dame un beso.

Ella accedió gustosa, apretando su cuerpo contra el de Ulbricht, que se estremeció al contacto. La apartó.

—No es hora de pensar en nosotros. Hemos de ser prudentes. Dentro de poco gozaremos de la riqueza tan fácilmente obtenida. Operamos sin riesgo, en colaboración con las autoridades. Así da gusto trabajar.

Indiferente a la belleza de Maureen, se acomodó en el diván. La mujer lo hizo a su lado, apretándose contra él. Le acarició las mejillas. En vez de una frase amorosa oyó una orden:

—Ocupate de calar en las intenciones de ese individuo. El Smith me suena a falso.

Maureen se apartó, enojada.

—Pareces un hombre de hielo...

—El deber está por encima de los sentimientos. Si los jefes se

enterasen de lo nuestro, nos fusilarían a los dos. Sólo el secreto compartido puede salvarnos. Mi carácter no es como el de Thomas Deering. Él era impetuoso, ardiente... ¿Le recuerdas?

—¡Calla...!

—Temo que le llegaste a querer un poco. No supo conquistarte. Te decepcionó el saberle rendido a tus pies. Tú necesitas que se te trate con desprecio, que te se nieguen los caprichos. Tienes un alma cruel y ambicionas lo que no puedes conseguir. Por eso me suplicas una migaja de cariño. Cuando te le doy, estás tan ansiosa de él que no te satisface. No has sabido dominarme. Eres hermosa, incitante, diabólica, pero conmigo no te vale.

Las palabras despectivas del hombre cruzaron el rostro de la mujer como una tralla, clavándose en el alma femenina cual emponzoñados dardos.

—¡Eres un miserable! —Le insulto.

—No. Soy el único hombre a quién amas —se puso en pie, alzando a la mujer—. Tú has nacido para esclava, aunque pareces una reina. Te tiemblan los labios, pero no es de ira. Es que sabes que voy a posar los míos en ellos. No puedes odiarme. Yo te amo, pero soy capaz de pasar sin ti, de resistir tu hechizo. Tú, en cambio, me admiras, aunque a veces creas aborrecerme.

Mordió los labios de Maureen, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. El continuó, sarcástica, apretándola aún más contra sí:

—Rencor y felicidad. No me importa que salgas con James y que le vuelvas loco como a Thomas. Tú no puedes traicionarme. No es que me inspires confianza. Tengo fe en mí. Vienen.

La soltó, separándose de la muchacha, que, desconcertada, se dirigió al mueble-biblioteca, en cuya parte baja había un departamento destinado a bar. Sacó copas y botellas. Estaba colocándolas en la mesa de centro, cuando entraron Franz Stroop y James Deering.

—Sin novedad —anunció el primero—. Prefiero «vodka». El «*whisky*» y la ginebra son licores flojos. ¿Tú qué prefieres, Smith?

—Ajenjo, si hay.

—Maureen es una mujer inteligente y posee un variado surtido de bebidas. Con una camarada tan deliciosa da gusto trabajar.

Acarició la barbilla a la joven, que se apartó sin brusquedad. James miró a Werner, extrañándose de que éste sonriera, sin

muestras de enojo... ¿También fue una comedia la pretendida escena de celos del coche?

Bebieron, haciendo planes sobre un futuro. Deering no perdía de vista a Maureen, cuyo semblante alterado denunciaba una enorme lucha íntima. Tal vez le repugnaba el cobarde proceder de Ulbricht. La idea le alegró, sin saber por qué. ¿Estaba enamorándose de la muchacha? El pensamiento le sonrojó.

—¿Muy cansado, Smith?

—Un poco nada más. ¿Por qué lo dices?

—Me gustaría que acompañaras a Maureen en su visita al general. Naturalmente, quedarás fuera. Conviene que alguien la proteja. Después podrás dormir lo que desees.

—De acuerdo. ¿Qué hora es la indicada?

—Las diez de la mañana. Falta poco para las siete. No merece la pena que os acostéis.

Corroborando sus palabras, las sirenas de las fábricas situadas en las inmediaciones de Scheplake, atronaron el espacio, dando la primera señal para la entrada al trabajo.

—Una cabezada nos sentaría bien a todos —exclamó James, difiriendo de la opinión del jefe.

—No conoces a Maureen. Invierte más de una hora en arreglarse. Si se duerme hará esperar al general, que se enfurecerá.

—Entonces, que vele ella. A las diez menos cuarto estaré dispuesto. La tengo gran admiración, pero acostumbro a separar los sentimientos de los negocios. Por su belleza soy capaz de cualquier cosa; por el deber me atengo a mi cometido.

—¿Y si yo te lo mando? —inquirió, algo enojado, Werner.

—¿Qué mate a alguien o que haga de niñera?

La respuesta, precisa y contundente, desconcertó a Ulbricht.

—Ninguna de las dos cosas. Que permanezcas, conmigo y con Franz, cambiando impresiones sobre el futuro. Maureen hará el desayuno.

—Eso ya es más razonable. No me gusta perder el tiempo. Creo que lo más importante pueda condensarse en un telegrama.

—No lo creas. Escucha. Tú, Franz, deja de beber.

Werner Ulbricht tosió, haciendo una pausa, para dar mayor importancia a sus palabras. Luego empezó a hablar muy despacio. James, Franz y Maureen le escuchaban admirados. Los largos dedos,

cruzándose entre sí, acusaban la profunda concentración mental del alemán, que invirtió más de tres cuartos de hora en el desarrollo completo de sus planes. Al terminar preguntó:

—¿Alguna duda?

—Sí. ¿Dónde conseguir unos hombres para enviarlos a la muerte?

—Saldrán de las cárceles con la promesa de la libertad. Maureen, tengo un hambre feroz. ¿Ha perdido el tiempo, James?

—No —respondió, sincero, el norteamericano—. Reconozco su astucia. Su plan me recuerda lo que hizo Hitler con Polonia. Fue idea del jefe de las S.

S. Soldados

alemanes, con uniformes del territorio que se proponían invadir, atacaron las defensas fronterizas germanas, dando comienzo, a una serie de notas diplomáticas que condujeron a la guerra. ¿Conocía el caso, Werner?

El aludido palideció intensamente.

—No —replicó, con sequedad—. Me sobra talento para no necesitar de historias pasadas.

Comprendiendo el carácter de Ulbricht, orgulloso y soberbio, pagado de su inteligencia, Deering se apresuró a rectificar:

—No quise ofenderle. ¿El día, la hora y el lugar?

—Me lo reservo. No acostumbro confiarme a nadie. ¿Dónde vas, Maureen?

—A traeros pan y fiambres. Creo que nada hay que me interese.

—Por ahora no. Fumaremos mientras tú vuelves.

Tendió su pitillera plateada, cuyo grosor extrañó a James. ¿Acaso no tendría un doble fondo para esconder documentos? Encendió su cigarrillo, sirviéndose «*whisky*», que apuró muy despacio, complaciéndose en observar que su pulso no temblaba.

Media hora más tarde regaban con grandes tragos de cerveza el pan y los embutidos que, en colosales cantidades, al estilo alemán, les fue servido por Maureen. Franz Stroop preguntó a James:

—¿Tomaste alguna vez «*studentenfutter*»?

—No. ¿Qué es ello?

—Una sopa especial hecha con pasas, nueces, almendras y avellanas. Merece la pena que la pruebes. Tiene que gustarte.

—Te prometo hacerlo, con una condición.

—Aceptada.

—Que he de invitarte. No me fió de consejos gastronómicos a no ser que el que los da me preceda en la comida.

Todos rieron de la agudeza. Werner bromeó:

—Una medida de prudencia.

—Desde luego. A ella debo seguir viviendo. Recuerdo que, en Chicago, la noche que asaltamos el First National Bank, fui el único que escapó del cerco de los de la Metropolitana.

Se extendió en una larga historia sobre los métodos del «gansterismo» norteamericano, que había aprendido en un libro editado por la Oficina Federal de Investigación. Ulbricht y su lugarteniente le formularon numerosas preguntas sobre la vida del país, mientras Maureen entraba a su dormitorio a arreglarse.

Transcurrió el tiempo en un diálogo, en el que se consolidó más la confianza de Werner en el nuevo miembro de su organización. Deering procuró, en repetidas ocasiones, halagar su vanidad, afirmando que un hombre del talento del alemán se haría millonario en América en corto espacio de tiempo.

—¿Nos vamos ya, James? Son las nueve y cuarto y quiero enseñarte uno de los lugares más deliciosos de la ciudad: el lago Stillinge. Nos llevaremos el automóvil.

Los tres hombres se volvieron, no pudiendo reprimir su asombro, prontamente dominado por Werner. La muchacha vestía un elegante traje de corte sastre, gris, adornado con botones y terciopelo negro, que se amoldaba de forma perfecta a su cuerpo escultural. Las piernas, enfundadas en unas medias finísimas, eran de línea perfecta. Un collar de nudo de perlas y el peinado recogido en la nuca la hacían aún más seductora.

La joven sonrió satisfecha, y tendiendo a Deering una mano enguantada, inquirió, burlona:

—¿Te has quedado mudo? No me importa hacer de niñera.

—No seas rencorosa, Maureen.

Se ajustó el nudo de la corbata, alisándose el pelo con un peine de bolsillo. Al salir, la muchacha advirtió:

—No es seguro que vengamos a comer. Podéis acostaros.

En el coche, conducido diestramente por la mujer, no tardaron en llegar al sitio indicado, desde el que se dominaba un magnífico panorama. Al Oeste, el mausoleo y palacio del príncipe Jorge, y un

poco más al Norte, el campo de recreo de Grosse Kienhaide; al Este, el río Mule, que serpentea junto a la ciudad, y el jardín Federico, y al Sur, Dessau, con sus calles arboladas y sus magníficos edificios, entre los que destacaban los de la iglesia de San Pedro, en la plaza *Funk*, la Asociación Evangélica, la sinagoga y la casa del Ayuntamiento, en Zerbster Strasse.

—Es maravilloso, Maureen. ¿Naciste aquí?

—No, soy rumana. Cuando los alemanes invadieron al país, estaba recluida en un centro benéfico, un asilo. Me trasladaron a Berlín, donde, aprovechando mis estudios de música, danza y canto, conseguí un empleo en un «*cabaret*» de baja estofa. Allí conocí a Werner. Frecuentó mi trato y me habló de una rápida riqueza, que me permitiría viajar por el mundo. Huérfana de padres, bajo la rígida disciplina del colegio, mi alma ansiaba libertad. Conocía el sabor de la pobreza y no quise caer de nuevo en sus redes. Tarde me di cuenta de mi error. Hoy he de seguir un camino de crímenes, hasta que la fortuna o la protección de un hombre me permita desligarme de ese miserable.

James, que había escuchado el breve relato de la vida de Maureen, interrogó:

—¿Qué hay entre vosotros dos?

—Nada —había vencido un segundo de vacilación, que no pasó desapercibido a Deering—. Le tengo miedo.

—¿No has amado nunca?

El silencio pesó en el ánimo de los dos jóvenes. James esperaba una revelación sensacional, algo que le ayudara a descubrir el misterio de la muerte de su hermano. Maureen, fríamente, pensaba en la orden que Werner le diera en el sentido de averiguar las verdaderas intenciones del nuevo miembro de la organización.

—¿Por qué lo preguntas?

—Vi un marco sin «foto». ¿A quién tuviste ahí?

—A un norteamericano —respondió ella—. Perekó en un accidente de aviación.

—¿Cómo te enteraste?

La rápida pregunta desconcertó a la muchacha. Se rehízo:

—Lo leí en el «*Die Neue Zeitung*»[3].

Mentía. La noticia del sabotaje no se divulgó por orden del Alto Estado Mayor.

Alejáronse del automóvil, paseando en silencio. Las serenas aguas del «Lago Stillinge» brillaban a los rayos del sol. Deering consultó su reloj de pulsera comprobando que faltaban unos minutos para las diez.

—Llegaremos tarde a su visita, Maureen.

—No importa. Acostumbro a que el viejo general me espere sin enojarse.

—Ulbricht dijo...

—Le teme demasiado —le interrumpió la muchacha—. Me encuentro a gusto charlando contigo de algo que me obsesiona. Sé que tengo un carácter extraño, pero a Thomas le quise a mi manera. Tal vez era demasiado joven para mí. Recuerdo sus atenciones, sus apasionadas cartas.

James se mordió los labios al escuchar por vez primera el nombre de su hermano.

—¿Pertenece al «gang»?

Ella, como si no hubiese oído la pregunta, prosiguió:

—Quería que nos casásemos. Perdí mi única oportunidad de regeneración. Ahora sólo me resta ir hacia un fin trágico con la sonrisa en los labios.

Desconcertado, James no replicó. La mujer le miraba con una sonrisa triste en sus verdes y rasgados ojos.

—¿Puedo ayudarte, Maureen?

El ofrecimiento era sincero. Empezaba a sentirse dominado por la belleza de su interlocutora.

—Tal vez. Ya hablaremos más adelante. No me mires tanto. No soy una estatua, como dijo Werner. ¿Quieres comprobarlo? Me gustas.

Se acercó insinuante al hombre, cuyos pulsos acusaron la emoción que le dominaba. ¿Quién era aquella mujer? Fue a besarla, pero intuyó un ramalazo de ironía en las femeninas pupilas y se rehízo, separándose:

—No gusto aceptar lo que se me da —habló secamente—. Eres bonita, pero yo soy un hombre a quién no se le rinde fácilmente.

Encendió un cigarrillo, con un gesto de burla en su rostro. Comprendía la táctica de Maureen. Después de gustar la primer caricia quedaría esclavizado a la voluntad de ella. Observó que el rostro de la muchacha había enrojecido de cólera.

James aparentó no reparar en la reacción de su interlocutora y, sentándose en una piedra, exclamó:

—Por mi parte estoy a gusto aquí. Tú mandas.

No la veía, pero adivinó que se le acercaba. En efecto, unos dedos enfundados en raso le acariciaron la frente al tiempo que una voz melosa preguntaba:

—¿Me desprecias, James?

Él, con movimientos estudiados, se levantó cogiéndola cariñosamente de las muñecas.

—No, Maureen. ¡Qué cosas se te ocurren!

Con naturalidad la besó en la mejilla, sin apasionamiento, como hubiera podido hacerlo con una hermana.

—Gracias.

—Cuenta conmigo. Te estimo y no te culpo, la vida ha sido dura para ti.

Los ojos de la mujer se humedecieron en lágrimas que Deering estimó sinceras. No obstante no se confió.

Caminaron al coche. James tomó el volante. Ella le rogó:

—Conduciré yo. Tú no conoces Dessau. Vamos al Palacio Ducal.

Rodearon el «Jardín Schiller» hasta «Wilhelm Muller» de donde pasaron a «Albrecht Strasse». Desde allí a través de calles de poco tráfico, llegaron a «Kavalier» deteniéndose ante un magnífico edificio de tres cuerpos, con un gran patio central con entrada para carruajes, protegido por una verja. Dos soldados de la «Volkspolizei» montaban la guardia. Maureen les mostró un papel con varios sellos y los centinelas la saludaron militarmente.

—Es un salvoconducto del gobernador —explicó la joven a Deering.

Junto a una fuente, rodeada por un ancho pilón, detuvo el automóvil.

—Entretente mirando los peces. No tardaré mucho.

Se acercó a la puerta principal donde hubo de exhibir de nuevo el documento.

Los guardianes interiores la contemplaron con admiración mientras subía por una ancha escalera de mármol. Atravesó dos vestíbulos llegando a un despacho en el que, sentados tras sus respectivas mesas, había tres hombres.

—Quiero hablar con el general. Anuncie a Maureen Golesti.

Un capitán se levantó franqueando una puerta de madera. No tardó en regresar.

—Pase.

Entró, con ademán desenvuelto, a un cuarto amplio, lujosamente decorado. Al fondo, rodeado de miembros de su Estado Mayor estudiando un plano se hallaba Basilio Sokolovski, que no se levantó. Desde su sillón preguntó:

—¿Viene a constituirse prisionera?

—No, señor. A pedirle perdón por lo de anoche. Sus muchachos no se comportaron correctamente.

—¿Acusa? Acérquese.

Maureen obedeció, con un gracioso contoneo de su cuerpo marmóreo. Mostraba sus dientes perfectos en una sonrisa que turbó a los que la miraban. Observando dureza en el rostro del general se puso repentinamente seria y de sus ojos resbaló una lágrima hipócrita.

—Vamos, no llore. ¿Qué quiere?

—Que no cierre el establecimiento y me permita seguir actuando. Es mi único medio de vida. No volverá a ocurrir.

El jefe militar carraspeó orgulloso delante de sus subordinados. Al fin, tras unos segundos de meditación, accedió:

—Sea por una sola vez. Pueden salir, señores. Ya les llamaré.

Los oficiales abandonaron el despacho cambiando entre sí guiños de malicia. Una vez solos, el general reprochó ásperamente:

—Me has hecho esperar casi media hora. ¡Es intolerable!

—No te enfades, querido. Sé que te gusta verme bonita y me entretuve por eso. Yo no soy uno de tus soldados.

Rodeó la mesa sentándose en el brazo de la butaca. El ruso quiso asir el talle de la muchacha, pero ella se lo impidió sin dejar de sonreír.

—No seas arisca, Maureen.

—Lo que mucho vale, mucho cuesta. Ulbricht me aguarda impaciente. ¿Tienes ahí las instrucciones?

—Se las mandé con un inspector de la
M. G. B.,

creyendo que no vendrías. ¿Por qué no cenas conmigo?

—Otra vez será. Me es imposible. Tengo un compromiso.

—¿Ese norteamericano que te acompaña?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Me telefonaron desde el puesto de guardia. ¿Pensáis repetir lo de Rhein-Main? ¿Es de aquella base?

—Es un... —Iba a decir fuera de la ley. Se contuvo— paisano. Ulbricht le necesita. ¿Quieres algo?

—No. Hoy los que anoche te despreciaron te aplaudirán. Di órdenes para que así lo hicieran. ¿Contenta? Tengo ganas de que me consideres como a un amigo íntimo y no como a un jefe.

—Procuraré que sea en breve. Adiós.

Extendió su mano enguantada que el general, de pie, besó en una ridícula reverencia. Vio salir a la muchacha y entregóse de nuevo a su trabajo.

Maureen, sin poder disimular un gesto de contrariedad, se reunió con Deering, que le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Me molesta tratar con estos individuos.

Sin más explicaciones pisó a fondo el acelerador y, luego de atravesar la ciudad, se detuvo en un restaurante del río Mulde, a la altura de Leipziger Strasse.

—Ahora tienes oportunidad de probar la «Studentenfutter» de que te habló Franz.

Se acomodaron en una mesa desde la que se contemplaba el curso de agua.

Mientras llegaba la hora de comer pidieron dos «cock-tails». Maureen comentó:

—Comprendo por qué Werner no hizo objeciones al anunciarle que tardaríamos en volver. Quizá el sobre ya estuviese en su poder.

—¿Qué sobre?

—El que contenía las instrucciones para el próximo golpe. Ulbricht es odioso.

—Tal vez prudente, Maureen. ¿Por qué tanta contrariedad? ¿Pensabas abrirle?

—Sí. Busco los datos suficientes para convertir a Werner en mi esclavo. ¡Ambiciono tener su vida entre mis manos!

Precavido, Deering, en tono que era un reproche, interrogó:

—¿Para traicionarle? Eso no es digno.

—¡Qué importa!

Callaron, Lejos, un reloj desgranó lento once campanadas.

—Háblame de ti, Maureen. ¿Por qué no te franqueas conmigo? En el «Lago Stillinge» te referiste a un americano, un tal Thomas. Consuela compartir la tristeza.

—Es una historia desagradable que no me gusta recordar. Dame un cigarrillo. Si te parece comeremos a las doce regresando a casa. Empiezo a sentirme cansada...



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
Sólo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

III

VIOLACIÓN DE FRONTERA



RANZ enciende la luz roja. Nos acercamos a otro puesto de control.

El aludido, obediente a la orden de Werner Ulbricht, hizo lo que se le indicaba pulsando un botón situado a la derecha del volante. Una bombilla encarnada parpadeó en la noche y el grupo de soldados, que se hallaba de vigilancia en la carretera de Dessau a Halle, no hizo ademán de detener al automóvil en el que, a más de Franz y Werner, viajaba James Deering. Detrás de ellos un camión con diez hombres ataviados con uniformes norteamericanos. El chófer del segundo vehículo era el comandante al que Max y Heinz quisieron asesinar cuando se dirigía a la estación.

El coche, a gran velocidad, devoraba milla tras milla, aproximándose a Eufrut para, desde allí, a través de una carretera de segundo orden, encaminarse a Etsenach, a corta distancia de la línea fronteriza que separa las zonas americana y soviética.

La conversación se reducía a cortas frases. James, comprendiendo la imposibilidad de evitar el acto criminal, fumaba recostado en el asiento posterior.

—¿Cómo no nos acompaña Maureen? —inquirió:

—No lo creí oportuno —repuso Werner. De poco tiempo a acá se comporta extrañamente.

—Quizá esté enamorada de mí.

La frase audaz, temeraria, hizo que Ulbricht mirara a Deering con sorpresa, no exenta de ironía.

—No pensé en esa posibilidad. ¿Pretendes desafiarme?

—No. Ser sincero. Parece que siente predilección por los de mi patria. Ayer me habló de un americano, un tal Thomas. ¿Le conocías?

Las luces interiores del automóvil iban apagadas y James no pudo examinar una posible alteración en el rostro de su interlocutor. Sin embargo el tono de voz de Werner no era normal.

—Maureen es incapaz de querer a nadie. Su credo es la ambición.

—No opino como tú. En los corazones, por muy encanallados que estén, hay siempre un trocito noble desde el que puede iniciarse una evolución completa de ideas y sentimientos.

—Utopías. Para, Franz. Quiero hablar con el comandante. Nos acercamos a la frontera.

Stroop aminoró la marcha hasta detenerse. Apenas se hubo apeado Ulbricht, se creyó en el deber de dar un consejo a su camarada:

—Werner es peligroso. No te enfrentes con él en ningún terreno o te visitará la muerte, sin que puedas saber cómo. Maureen es mala. Una vez les sorprendí besándose.

—¿Por qué no hablamos claro, Franz? Ulbricht y ella pertenecen al servicio de espionaje soviético.

—No lo sé. Me limito a cobrar y a obedecer. Te aconsejo que hagas lo mismo. Vuelve.

Werner subió al vehículo.

—Arrímate a la cuneta. Que pasen primero.

Se invirtió el orden de marcha. El camión militar les adelantó. Mientras avanzaban, James iba pensando en las extrañas reacciones de Maureen. En los cuatro días que llevaban frecuentando su trato, el interés de la mujer hacia él iba aumentando. Deering le reprochaba su comportamiento frívolo, sin que en sus palabras brillaran los celos. No le extrañó que su hermano, más joven y menos experto, se dejara envolver en las femeninas redes.

Le sacó de sus meditaciones la voz de Werner.

—Hemos llegado. Procurad no apartaros de mí.

A pie se dirigieron a una elevación de terreno. El comandante del ejército de ocupación se les acercó:

—La luna no nos favorecerá demasiado. La línea fronteriza está delimitada por esas estacas que se ven cada quince metros. Hay un sistema de patrullas. Por mi reloj aún tardarán veinte minutos en pasar. Desde aquí podrán observarlo todo. Actuaremos en las inmediaciones de aquel árbol. Será un espectáculo curioso.

Se alejó, en dirección al grupo de norteamericanos, detenidos en las prisiones rusas por haber penetrado en la zona sin permiso. Cambió con ellos unas breves frases y los hombres se emboscaron.

Sin fumar, el tiempo se hizo increíblemente largo. Werner, tirándose al suelo, dijo:

—¡Cuidado!

En la noche fue agigantándose el ruido de pasos. El asombro de Deering fue grande al distinguir los aparatosos uniformes rusos.

La respuesta se la dio un disparo, seguido de otros. Varios miembros de la patrulla cayeron al suelo. Los atacantes, obedientes a las órdenes recibidas, se lanzaron a la carrera a pasar a la otra zona, pero el comandante, con una ametralladora de mano, les acibilló por la espalda... Oyéronse silbatos lejanos.

—No comprendo... —comenzó James, mordiéndole los labios para contener sus impulsos homicidas.

—No es hora de explicaciones.

Regresaron al automóvil. Cuando montaban en él escucháronse explosiones de granadas de mano y tableteos de ametralladora. ¿Qué perseguían los soviéticos matando a sus propios hombres?

La respuesta la tuvo a la mañana siguiente, en casa de Ulbricht, al oír la emisora rusa de Berlín en su emisión de la mañana. Los

soviéticos trataban duramente a los norteamericanos por la violación de la frontera y la muerte de un soldado. El informe decía que los heridos habían visto claramente que las tropas norteamericanas iniciaban una ofensiva de exterminio. Por fortuna, dos grupos de vigilancia acudieron al oír los disparos, eliminando a los agresores. Las fuerzas de ocupación lamentaban el hecho y habían presentado al Gobierno de los Estados Unidos una enérgica nota de protesta. Los cuerpos de los soldados agresores habían sido expuestos en los salones de la Comandancia, para que los corresponsales extranjeros pudieran comprobar su nacionalidad. A los periodistas se les permitió interrogar a los soldados rusos que resistieron el ataque.

La Prensa de la tarde, en grandes titulares, comentaba el hecho, añadiendo que por necesidades de sanidad se había procedido a enterrar a los muertos, de quienes se publicaban fotografías. En ninguna de ellas podía distinguirse claramente las facciones.

La máquina de propaganda rusa se puso en acción. Ulbricht, complacido, conectó el aparato con emisoras rumanas y rusas que lanzaban a los cuatro vientos sus indignados gritos de protesta.

—Todo un éxito, amigos. Os corresponden cinco mil marcos a cada uno, aunque os hayáis limitado a acompañarme.

Pagó a James, a Franz y a Maureen. Deering advirtió:

—Te debía mil.

—Es lo mismo. Nos tomaremos una temporada de descanso. Seguirás residiendo en mi domicilio. Así estarás más cerca de Maureen. Si eso llega a realidad seré el padrino de vuestra boda.

La mujer, encolerizada, dando un portazo, abandonó el cuarto de Werner. James se levantó:

—Puesto que no hay inconveniente por tu parte, voy a su lado. Te advierto que si accede a casarse no toleraré burlas.

Llamó con los nudillos en la entrada de la residencia de Maureen, que le abrió.

—Te esperaba. Eres el único que me quiere de verdad.

—No lo dudes. Vamos, tranquilízate. En el teatro Ducal debuta hoy un espectáculo de revistas. Te invito. Comienza a las seis. Cenaremos en un restaurante y luego te acompañaré al «cabaret». No concedas importancia a Werner.

Ella accedió gozosa. Se encontraba a gusto con James. Por vez

primera en su existencia aventurera le agradaba sentirse protegida. Hasta entonces todos los hombres la miraron únicamente por su atractivo físico, viendo en ella a la hembra. Su nuevo amigo, no. Le agradaba calar hondo en su alma.

La tarde fue deliciosa. James, caballeroso, la hizo objeto de toda clase de atenciones, desde el ramillete de flores a la puerta del coliseo, hasta la caja de bombones en el primer entreacto. Se comportaba como un perfecto «*gentleman*».

El espectáculo musical, a base de bailes típicos regionales rusos, no resultó muy divertido, pero pasaron la tarde. Cenaron en un restaurante de «Kochtedler», en las proximidades de la refinería de azúcar, y se dirigieron al «*cabaret*». Antes de separarse para que ella entrara a cambiarse de ropa al camerino, dijo sincera a Deering:

—Nunca pasé unas horas tan felices.

Apenas apareció en la pista, con un traje rojo muy descotado, el grupo de oficiales que alborotara la noche anterior aplaudió largamente. Maureen les dedicó su primera canción. Werner Ulbricht y Franz Stroop, que llegaban, se sentaron junto a Deering, pidiendo «*champagne*». Los alemanes, que llenaban el local, les miraron con simpatía, extrañándose de que no les hubiesen detenido.

Bebieron y fumaron. James se disculpó:

—Voy dentro a jugar unos billetes.

—Ten cuidado no te desplumen —le advirtió Franz.

Abandonó el salón. A la izquierda, un corredor conducía a los reservados y a los cuartos de aseo. Penetró en un lavabo. Abrió una ancha ventana con un ventilador en la parte alta para renovar la atmósfera y saltó a un patio en el que se amontonaban los barriles de cerveza. Cinco minutos después, ya en la calle, ordenaba a un taxista:

—Cien marcos si me lleva rápidamente a «Waldensee Strasse».

El chófer, seducido por la espléndida propina, pisó a fondo el acelerador.

—Pare ahí. Tenga.

—¿Le espero?

Deering dudó, decidiéndose:

—Sí. Colóquese en la esquina de «Gansewall».

Penetró en la casa en que habitaba, y subiendo de dos en dos los

escalones, llegó a la puerta del domicilio de Maureen Golesti. Del bolsillo posterior extrajo un juego de ganchos, con el que no le fue difícil entrar. Convencido de que si era descubierto por Werner o éste sospechaba la visita no vacilaría en asesinarle, pasó a la alcoba de la muchacha. Deliberadamente rompió en dos trozos el retrato de Thomas y buscó afanoso la correspondencia de su hermano. Encontró cinco cartas, atadas con una cinta, entre la ropa interior de la joven. Las leyó afanoso. Cuatro de ellas llevaban el sello de la estafeta de Rhein-Main. La quinta había sido echada fuera del aeródromo. El enamorado explicaba por qué en uno de sus párrafos:

«La censura, nos alcanza a todos, como te he dicho en varias ocasiones. No veo más que una solución a nuestro problema: matar a Werner Ulbricht y apoderarnos de esos documentos que te comprometen. Es un canalla. Te escribo estas líneas en un bar de Stuttgart, donde he venido en comisión de servicio. Es horrible el dilema que me presentaste la vez anterior. Si el sacrificio de mi vida te sirve, te la ofrezco. Me es imposible traicionar los míos. Pasado mañana solicitaré permiso e iré a verte. Entre los dos resolveremos. Te quiere con toda el alma, Thomas».

¿A qué documentos se referiría su hermano? ¿Qué arma esgrimió Werner para hacerle pensar en el asesinato?

No era momento de reflexionar en lo que acababa de leer, sino de a la máxima velocidad, regresar al «*cabaret*». Puso las cartas en su sitio y se volvió para marcharse. Una voz fría, carente de inflexiones, le hizo estremecerse:

—¿Qué es lo que viniste a hacer aquí? Apenas te vi desaparecer tuve la sospecha de que tu juego no era limpio y, con un pretexto, fui también a la sala de juego. No estabas. La ventana del cuarto de aseo me hizo comprender la verdad y vine a buscarte.

Franz Stroop le apuntaba con su revólver. Tranquilizado en parte, James inquirió:

—¿Informaste a Ulbricht?

—No. Para él estoy contigo. ¡Habla!

Deering repuso, vacilante, esperando una oportunidad del hombre que podía hacer fracasar todos sus planes.

—Tengo celos. Creo que Maureen llevó una vida airada y vine a registrar su alcoba. Quiero a esa mujer y la idea de que pertenezca a otro me enloquece.

—¡Mientes!

—Es cierto. Abre el primer cajón de la coqueta y verás roto el retrato de un hombre.

Franz Stroop hizo lo que Deering le indicaba, comprobando la veracidad de sus palabras. Vaciló y ese momento fue aprovechado por James para, abalanzándose contra él, desarmar a su enemigo de un manotazo. Los dos hombres se miraron.

—¡Traidor! —rugió el lugarteniente de Ulbricht.

—No soy un criminal como tu jefe y tú.

Esquivó un izquierdazo de Franz, y no queriendo exponerse a sus puños para qué no le delataran las moraduras ante Werner, asió a su enemigo por la cintura, oprimiendo con los pulgares debajo de las costillas del alemán, que gimió. Luego alzó bruscamente el brazo izquierdo, propinando un feroz golpe a Stroop en la yugular. Le soltó, creyéndole sin sentido, pero Franz, con una resistencia extraordinaria, le dio un puntapié en la ingle, que le hizo retorcerse. Si era vencido, podía considerar nulos sus esfuerzos por vengar a su hermano.

En el suelo sintió el peso del cuerpo del germano, que, con sus manos anchas, apretó salvajemente su garganta. Deering notó los primeros síntomas de asfixia. ¡Estaba perdido!

Buscó junto a la funda sobaquera un pequeño puñal, clavándole con fuerza en el pecho de Franz, al tiempo que se contorsionaba.

El segundo de Ulbricht, alcanzado en el corazón, cayó a un lado.

Como hipnotizado, miró al muerto que se desangraba sobre la alfombra. ¡Había matado a un hombre! Se sobrepuso, luego de comprobar que la sangre de Franz no le había manchado la camisa, tomó el «taxi» que le condujo al «*cabaret*», penetrando en él por el mismo lugar que saliera. En el cuarto de aseo se contempló en el espejo, no reconociéndose. No sólo por su transformación física, sino por su serenidad después de haber cometido un asesinato.

Con un absoluto dominio de sus nervios, pasó al salón. Maureen, que se hallaba sentada con Werner, le preguntó:

—¿Y Franz?

—Marchó hace un rato. ¿No se ha reunido con vosotros?

—No. Es extraño —terció Ulbricht.

La muchacha, con una sonrisa pícaro, le tranquilizó:

—No debemos preocuparnos. Tal vez ocupe un reservado con alguna amigueta. Os dejo. Es mi número.

Cruzó la pista. Los dos hombres cambiaron entre sí una mirada hostil. Por vez primera James intuyó la verdad: Werner estaba enamorado de la muchacha. Su aire de superioridad, su orgullo, le impedían manifestarlo. Habló con ánimos de molestarle:

—Cada día que transcurre la admiro más. Es encantadora.

El alemán no respondió. Sus ojos inexpresivos se animaron con un ramalazo de cólera. Transcurrió el tiempo. Deering esperaba la contestación a su comentario, que fue una sola palabra, pronunciada sordamente:

—Es diabólica.

El cuerpo, grácil, de Maureen Golesti se movía rítmico, al compás de la música. Ni una sola vez miró a sus amigos. El agrado de la artista era para el general ruso y los oficiales que le acompañaban, a quienes sonrió repetidas veces. Un camarero se acercó a Werner portando una tarjeta.

—Me han dado esto para usted, señor Ulbricht.

—¿Quién?

—Salió hace un momento.

El germano leyó en caracteres de imprenta: «Jurgen Spaatz». Luego, manuscrita, había una sola línea: «Le espero en Correos. Guarde el secreto».

Werner sonrió, levantándose.

—¿Buenas noticias?

—No son malas. Me marcho.

Sin más explicaciones dejó solo a James, que se preguntó cuál sería el contenido del mensaje. La presencia de Maureen interrumpió sus pensamientos.

—Cantaste magníficamente, querida.

—Gracias. ¿Y Ulbricht?

—Se fue, sin decirme dónde. El general te hace señas para que vayas a su mesa. No te preocupes por mí y atiéndele. Al fin y al cabo, es tu jefe.

Contuvo sus deseos de abandonar el establecimiento de recreo para meditar a solas sobre su futuro proceder. No obstante,

necesitaba probar la coartada y no se movió. Vio a Maureen bromear con los militares y beber varias copas de «*champagne*». ¿Qué hacía el

F. B. I.

para aclarar el sabotaje de Rhein-Main? ¿Dónde se hallaría el agente encargado del caso?

Miró los rostros de los que le rodeaban, sin reconocer al hombre con el que sostuvo una larga conversación en el aeródromo y que le prometió que la justicia se cumpliría. Sonrió despectivo. Los de la Oficina Federal de Investigación eran muy optimistas, casi fanfarrones. No era lo mismo trabajar en América que en un país extranjero, hostil.

Pasaron dos horas. Deering se aburría. Entre las actuaciones de Maureen, sus cambios de vestidos y las asiduas visitas a las mesas de los oficiales rusos, apenas si cruzó con ella breves palabras. Se sintió aliviado al oír a la muchacha:

—Vamos. He terminado.

Abandonaron el local.

—¿Tomamos un coche?

—No, James. Prefiero ir a pie. La atmósfera dentro era irrespirable. ¡Alivia tanto el aire de la noche!

—A tu gusto.

La cogió del brazo y, en silencio, caminaron por «Leopold Strasse». Ella suspiró.

—¿Muy desgraciada? —inquirió Deering.

—Sí. Es inútil lamentarse por lo que no tiene remedio. Hay que aceptar los hechos como se presentan. ¿Te sonríes?

—Continúas representando la comedia que iniciaste en el lago Stillinge. No es ése el camino para consolidar una amistad. Me duele tu reserva. Haces mal en mentirme. ¿Cumples instrucciones de Werner?

Maureen se detuvo, sorprendida de la agudeza de su acompañante.

—No te entiendo.

—Sigamos andando. Tal vez algún día comprendas que soy el único amigo que te queda. Entonces encontraré una solución a tu porvenir. Te daré un consejo. Cuando inventes una historia, no te acojas al melodrama. Tú no has conocido nunca el sabor de la

pobreza.

No sugería, afirmaba. Maureen Golesti, desconcertada, no respondió. Ya en «Waldersee Strasse», la muchacha, volviendo el rostro a Deering, dijo:

—No te enfades conmigo. Quizá pronto pueda hablarte como deseas.

—Te convendrá —fue la seca respuesta.

Subieron los dos tramos de escaleras. Había luz en el vestíbulo de la residencia de la mujer.

—Debe ser Werner.

Hizo girar el pestillo con el llavín y penetraron en el cuarto de estar. Ulbricht, con el semblante serio, les esperaba. Miró a los que llegaban con severidad, sin responder al saludo. La joven, mientras James se acomodaba junto a su jefe, se dirigió a la alcoba.

—¿Dónde vas? —inquirió el alemán.

Deering estaba seguro de que Ulbricht había visto el cadáver de Franz Stroop.

—¡Qué pregunta más absurda! —repuso Maureen—. A cambiarme de ropa, igual que siempre. ¿Sucedé algo?

—Quería que me sirvieres una copa de «*whisky*». ¿Te importa?

—No. Te encuentro extraño.

—Tal vez tú o James sepáis la causa. ¿Os atrevéis a resistir mi mirada?

Deering, encolerizado de pronto, se encaró con Werner.

—¡Déjate de acertijos! Desde que hemos entrado no haces más que lanzar indirectas y observarnos como si fuésemos culpables de algo. ¿Qué es lo que ha salido mal? —Se volvió a la muchacha—: Ponme ginebra.

Ulbricht, tomando entre sus manos el vaso que Maureen le ofrecía, respondió:

—Ella nos lo dirá. Estoy seguro.

De espaldas a la habitación, el alemán bebió el licor sorbo a sorbo, siguiendo, por el sonido, los movimientos de la mujer, quien, tras de cerrar el mueble librería, entró en su alcoba. Apenas hubo desaparecido, se oyó un grito espantoso. James se puso en pie, pero Werner, cogiéndole por la muñeca, le impidió alejarse de su lado.

—¡Quieto!

Deering no quiso empeorar la situación, desasiéndose

violentamente. Se acomodó de nuevo. No ignoraba el porqué del terror de la muchacha.

—¿Quién hay dentro?

—No seas nervioso. ¿De veras no lo sabes?

Esos ojos fríos, carentes de expresión, del germano se clavaron en las pupilas de James.

—¿Otra vea empiezas con los acertijos? Dame un cigarro. No quisiera perder la paciencia.

—Desde donde Deering se hallaba veía perfectamente la entrada de la habitación. Maureen apareció en el umbral, muy pálida. Pese a su aparente indiferencia, Ulbricht la sintió.

—Siéntate y hablemos con tranquilidad. No hay motivo para perder la calma. Cuéntale a Smith lo que pasa. Tiene gran curiosidad.

—¡Franz está muerto! ¿Quién le asesinó, Werner?

—Eso es lo que me gustaría saber. Le han matado en tu alcoba. ¿Qué vino a hacer allí? ¿Por dónde salió?

—Tal vez por el portal —contestó la aludida—. James fue el último en verle. Cuando yo entré en la sala de juego estaban los dos empeñados en una partida de naipes. ¿Qué sucedió después, Smith?

El aludido, reponiéndose del asombro que le produjeron las palabras de la muchacha, estimó su situación desesperada. Era necesario llevar la farsa hasta el final.

—Nada —replicó con voz firme—. Se levantó porque perdía. Creí que iba a reunirse con vosotros. El único que abandonó el «cabaret» fue Ulbricht. ¿Te estorbaba también?

Acusaba para no ser acusado, esgrimiendo pruebas de su inocencia. Werner respondió:

—Franz era de toda mi confianza. Le estimaba de veras. Llevábamos juntos más de dos años. ¡Si encuentro a su asesino le mataré con mis propias manos!

Se levantó, perdida la máscara con la que esperaba descubrir al culpable en James o Maureen. Paseó brevemente, y encarándose con Deering, le ordenó:

—Abajo tienes el coche. Tira el cadáver al Mulde. Bordea, por el Sur, el Jardín Schiller y después regresa. Te esperaré. Necesito darte instrucciones.

—De acuerdo. Ayúdame a llevarle abajo.

Venciendo la repugnancia que le dominaba, cogió el cuerpo por debajo de los brazos. Ulbricht le izó por los pies, depositándole en el interior del automóvil.

—¿Por qué no me acompañas? No conozco bien la ciudad.

James temía que Werner tuviese una entrevista a solas con la joven. ¿Por qué mintió Maureen?

—No tiene pérdida. He de hablar con ella.

Deering no replicó, y, tras abrir el ancho portalón de entrada, subió a la cabina de conductor, pisando el acelerador. El vehículo se puso en marcha en la dirección indicada por el alemán. James, al sentirse solo con el hombre al que había asesinado, crispó los dedos en el volante. Le resultaba intolerable la idea de llevar a su espalda a su víctima. Por un minuto creyó que Franz Stroop iba a apuñalarle a traición. Se sobrepuso con un formidable esfuerzo. Él no era cobarde. Sin embargo, aquella aventura, fuera de la ley, le aterraba. Prefería luchar cara a cara a emplear con los traidores a su patria su mismas intrigantes armas. Nunca tembló ante el tabletear de las ametralladoras de los pilotos adversarios, ni en los vuelos a Berlín, en los que el aterrizaje constituía una victoria. Ahora sí. En los combates aéreos mató a muchos hombres, más nunca lo hizo de cerca, con arma blanca, ni por razones personales. Franz Stroop era un miserable, pero él carecía de autoridad para ajusticiarle...

Desechó los encontrados y dispares pensamientos, fruto de su excitación.

Aumentó la velocidad. De ser sorprendido por las autoridades rusas, nadie le salvaría de un proceso por asesinato.

Respiró al hallarse en la orilla del río Mulde, que formaba una «ése» en la parte comprendida entre los jardines Schiller y Federico. Arrojó el cuerpo de Franz a las oscuras aguas.

Aliviado, Deering pasó su mano por la frente. Durante largo rato estuvo mirando el lugar en el que desapareció el cadáver. Necesitaba sobreponerse. No podía ni quería volverse atrás en el camino de venganza...



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!
¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!
Sólo en
AVENTURAS DEL **F. B. I.**

IV

EL SECRETO DE MAUREEN GOLESTI



PENAS hubo salido James con Werner, Maureen entró en su cuarto, revolviendo en el armario. Lanzó un suspiro de satisfacción al encontrar las cartas de Thomas Deering, que dejó en el mismo sitio. Al abrir el cajón de la coqueta donde guardaba el retrato del joven, y al verle partido, experimentó un leve sobresalto. Ulbricht regresaba. Se quitó los zapatos de tacón alto, poniéndose unas zapatillas rojas, sin talón. Fue a cambiarse el vestido. Se contuvo, Werner la miraba desde la puerta.

—Continúa. ¿Será preciso que te recuerde que soy tu marido?

—No lo digas tan alto. Puede enterarse el general —reprochó irónica la mujer—. Al unir nuestras vidas te supuse un hombre

enérgico que no toleraba intromisiones en sus problemas sentimentales. Hicimos mal en no advertir a la

M. G. B.

Confiaba que, en caso necesario, teñirías el valor de huir de una muerte segura a cualquier país libre. Estamos sobre un volcán. Los jefes empiezan a cansarse de ver los mismos rostros. En cualquier momento nos ordenarán regresar a Rusia y caeremos en las redes de la

N. K. V. D...

[4] Sabemos demasiadas cosas para que se arriesguen a una posible traición. Llévame lejos. Presiento que correremos la misma suerte que Franz. ¿No supones quién le mató?

—Sospechaba de James Smith, pero desde que tú le viste hasta que se reunió con nosotros es imposible que hiciera el viaje de ida y vuelta a Leopold Strasse. Además...

—¿Qué?

—Es indudable que hubo lucha. Recogí el revólver de Franz en el suelo, a unos pasos del cadáver. Sorprendió a «alguien» y ese «alguien» pudo desarmarle. Temo que anden detrás de nuestra pista.

—¿Quién?

—No lo sé y he de averiguarlo.

Durante, el breve diálogo, la mujer se había quitado el vestido, poniéndose una bata de casa. En los ojos de Werner no hubo el menor signo de admiración por la espléndida belleza de Maureen.

—Salgamos fuera, querido. Lo que acabas de afirmar me hace insistir en lo que te dije. ¡Huyamos! Tiemblo ante la idea de enfrentarme con Beria[5].

—No es posible. Ahora menos que nunca. Acaban de proponerme lo que tanto he ambicionado: el ingreso en la organización de patriotas. Acepté. Pronto daremos la gran redada y regresaremos a la

U. R. S. S.

a recibir el premio a nuestra fidelidad. El mío es el comienzo de una gran carrera política a la que estoy dispuesto a sacrificarlo todo.

—¿Incluso a mí?

—Tú nunca podrás ser un obstáculo. Te eliminaría.

En pie, se miraron retadores. Ella, sometida, fue la primera en

sentarse.

—¿Qué te hice, Werner, para que me aborrezcas?

—Enamorarme. Si no te hubiese conocido todo sería fácil. Triunfos, honores, condecoraciones y recompensas. Aunque me venzo y en ocasiones te desprecio, tú amargas mi vida. ¡Quisiera ser libre! No haber cedido a la tentación de aquella noche.

Apenas pronunciadas, se arrepintió de sus palabras. Había puesto su alma al desnudo, un alma en el que la ambición desbordaba los sentimientos nobles. Maureen comprendió que, pese al confesado cariño, aquel hombre la ejecutaría sin vacilaciones en el momento en que la considerase peligrosa. El orgullo de su raza se impuso.

—¿Crees que yo puedo traicionarte, Werner?

—No. Amas la vida, el lujo, el poder. Si comunicases a nuestros jefes que éramos marido y mujer, iríamos a Siberia, a perecer en un campo de trabajo. Es una desobediencia, y la disciplina no tolera la más mínima falta.

—¡Disciplina tiránica!

—Necesaria, Maureen. No hablemos de eso. En breve podremos abandonar esta ciudad y trasladarnos a Moscú. No tardará en regresar James.

Callaron. Ignoraban que, no muy lejos de allí, Deering sostenía una viva conversación con un hombre que ocultaba su rostro bajo el ala ancha de su sombrero.

El silencio, por lo denso, llegó a ser molesto. La mujer tomó entre sus manos, del mueble librería, un ejemplar de «Man of Glory: Simón Bolívar», original de Thomas Rourke. Werner leyó el título en el lomo y reprochó a Maureen:

—Tendrás un disgusto por comprar libros prohibidos. ¿Quemaste «Pied Piper»?

—No. Es un relato interesante.

—Escrito por un inglés —refutó Ulbricht—. Neville Shute, se refiere a los alemanes, destacando pretendidas crueldades de nuestra ocupación en Francia. Cualquier día los quemaré.

—No me extrañaría —recriminó ella sarcástica—. Temes a la letra impresa y no al asesino de...

—¡Calla! Viene James.

Oyeron girar la cerradura. Maureen se levantó sorprendida. Él

no había dado llave ninguna a Smith. No tuvo tiempo a prevenir a su camarada. Un hombre, con el rostro cubierto por un pañuelo negro, les encañonaba con un revólver de gran calibre. Werner se incorporó, procurando no dejarse dominar por el pánico.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado en esta casa?

—La primera pregunta, lamento no poder contestarla —fue la serena respuesta del desconocido—. La segunda, sí. Poseo un moderno juego de ganzúas. Vengo por unos papeles. Por favor, no se muevan. Me molestaría mucho tener que matarles. Necesito las cartas que Thomas Deering dirigió a esa señorita. ¡Vamos, no lo piensen!

—No sé de qué me habla.

El individuo chasqueó la lengua en señal de disgusto.

—¡Qué pena! Busque en su armario. No puedo perder tiempo. No teman. Esas cartas no creo sean suficientes para llevarles a la horca, pero si para ir trenzando la cuerda. En la zona soviética no están seguros. Para mí el telón de acero es una mala gasa. Si no me las entregan, dispararé. Arriesgo mi libertad y mi vida, y no he dado este paso para retroceder. No se asombre, Maureen. Su correspondencia quiero completarla con la de mi hermano.

La inesperada revelación hizo palidecer a los dos miembros de la M. G. B.

Ulbricht empezó:

—Yo no tengo nada que ver con eso. Se hicieron novios y...

—¡Cállese! —La voz del hombre adquirió una dureza metálica. Si son culpables, les seguiré donde vayan y no escapan a mi justicia. No es mi deseo cometer un crimen. Necesito pruebas.

Werner sonrió.

—Puesto que está tan seguro —dijo—, no le niego que es posible que esas cartas hayan existido, pero Maureen las destruyó. ¿No es así?

La respuesta la dio el desconocido, con absoluta certeza.

—No. Las conserva como un grato recuerdo sentimental. ¿Me equivoco?

Hubo un breve silencio. Maureen, con voz temblorosa, afirmó:

—No tengo nada.

—¡Lástima! —Fue el seco comentario—. Morirán los dos. Primero usted.

Alzó el revólver, acercándose más a Ulbricht, que, pese a su audacia, consideró suicida la resistencia. Barbotó:

—¡Maureen! ¡Habla! Parece muy seguro de que posees lo que pide. ¿Guardaste las cartas?

—Sí.

Werner lanzó un soez juramento. La muchacha, aterrorizada, retrocedió, hasta que su espalda tropezó con la pared. El intruso, sin descuidarse, amenazó por última vez:

—Se agota mi paciencia.

Como una autómatas, la joven entró en la habitación, saliendo con un paquete que dejó sobre la mesita de centro. Ulbricht la fulminó con la mirada. El hombre se guardó en un bolsillo lo que pidió y fue retrocediendo hacia la puerta de salida, en la que, en ese momento, llamaron.

—¡Smith! —exclamó gozoso el alemán.

—No se muevan, o me veré en la obligación de anticiparme a la Justicia.

Bruscamente volvió la espalda, desapareciendo en un recodo del pasillo. Maureen y Werner sintieron ruido de lucha, y cuando se disponía a intervenir, apareció James, sangrando por las comisuras de los labios. Se tambaleaba como un beodo.

—¡Me pegó a traición con la culata! ¿Quién era ese tipo?

Se desplomó en una butaca, incapaz de sostenerse en pie. La mujer, con pulso no muy sereno, llenó un vaso de «*whisky*», que Deering bebió con avidez, reponiéndose. Luego insistió:

—Aún no habéis contestado a mi pregunta.

—Ni hace falta. Es un asunto personal entre Maureen y yo —repuso Werner, pálido.

—A vuestro gusto. Celebro haber escapado tan bien. Ese enmascarado parecía un hombre terrible.

Oprimió la mandíbula con su mano derecha. Después contempló a Maureen, en cuyos ojos brillaban lágrimas. Ella, reparando en la observación de que era objeto, suplicó:

—¡Ayúdame, James!

—Puedes contar conmigo. Ven, siéntate a mi lado.

Se incorporó para atraerla hacia sí. El brazo de Ulbricht se interpuso:

—No es ocasión de idilios. ¡Márchate! Quiero hablar a solas con

Maureen.

—¡No! —gritó la joven angustiada—. No nos dejes solos...

La muchacha era presa de profundo terror. Deering, consecuente con el plan trazado, prometió:

—No te preocupes. No me moveré.

La mano derecha del alemán voló a empuñar el arma, pero James fue más rápido.

—No seas necio, Werner. No compliques en los negocios las cuestiones sentimentales. ¡Me quedo!

—¡No te entremetas, Smith, o te pesará!

El aludido, enfundando, replicó:

—Hago lo que se me antoja. La próxima vez no me limitaré a sacar la pistola, sino que haré fuego. Charlemos los tres y busquemos una solución al problema que ese hombre os ha creado. Repito mi pregunta. ¿Quién era?

—El hermano de Thomas Deering. Te hablé de él. ¿Lo recuerdas?

—Sí, Maureen. Y ¿qué pretendía?

—Vengarse de nosotros.

James sonrió levemente, dirigiéndose a Werner.

—¿Por qué?

—¡No te importa! —Fue la áspera respuesta. Se encaró con la mujer—: No sigas hablando. ¡Te lo prohíbo!

—Obedécele —aconsejó el joven a la muchacha. Maldito si me importa lo que aquí ocurre. ¿Un cigarrillo? El cadáver de Franz Stroop reposa en el Mulde. No tuve tropiezos. ¿Dónde vas?

—A dormir. Puedes quedarte o acompañarme.

Asombrado del brusco cambio experimentado por Ulbricht, James contestó:

—Opto por lo primero. Maureen me gusta y...

A propio intento dejó la frase inconclusa. El alemán salió dando un portazo y la mujer, acomodándose en el diván, habló:

—Siéntate. ¡Tengo miedo! ¡Has de defenderme! Werner se vengará por haberle desobedecido.

—Explícate mejor.

—Pertenece al servicio de espionaje ruso. Hace unos meses se nos encomendó una difícil labor; la de fotocopiar unos documentos sobre los planes secretos de aprovisionamiento

norteamericano a Berlín. Un inspector de la M. G. B.

me informó de que uno de los pilotos se trasladaría a Bamberg en comisión de servicio. Completó sus instrucciones. Me trasladé a la citada ciudad y no me fue difícil seducirle. Se llamaba Thomas Deering.

James se mordió los labios en un deseo de no perder la serenidad. Presentía que de aquel relato iba a surgir la identidad de los culpables del sabotaje de Rhein-Main. No interrumpió a la muchacha, que, tras una breve pausa, prosiguió:

—Era impulsivo. No voy a referirme a los procedimientos empleados para que se enamorase de mí porque alargaría demasiado la historia. Te diré que en nuestras relaciones no hubo nada obsceno. Le conté el mismo pasado que a ti. Le hablé de Werner como de un hombre sin conciencia que me tenía en sus manos por poseer determinados documentos relativos a mis padres, residentes en Bucarest. Si esos papeles eran entregados a las autoridades de ocupación, ellos morirían. Thomas, ciego de cariño, me creyó, indignándose cuando le dije que con tal amenaza se me obligaba a intervenir en hechos contrarios a mi conciencia.

—¿No te repugnaba la farsa, Maureen?

—No. Servía los intereses de los que me pagaban. El piloto carecía de otra personalidad para mí que no fuese la oficial. Era un enemigo en la guerra sorda que sostienen los servicios secretos. Transcurrieron varias semanas durante las cuales o él o yo nos trasladamos de zona utilizando pasaportes falsificados que compramos a uno de los muchos traficantes que, con conocimiento de los jefes de ocupación, se dedican a tales menesteres.

—No te entiendo, Maureen.

—Es bien fácil. Hay un grupo de agentes, si menos eso sucede en el campo ruso, destacado en las fronteras y apenas venden un salvoconducto lo comunican a las autoridades. Estas dejan pasar al intruso y le vigilan para, si es un enemigo capturarlo y si es un amigo atraerle. El funcionamiento es muy complicado, pero eficaz. Sigo en lo que interesa. Nuestras entrevistas fueron más íntimas y comenzó la correspondencia. Quise obligarle a decirme por carta algo que le comprometiese sobre su misión en el grupo de Ce-Cincuenta y Cuatro y fracasé. Sus misivas eran amorosas. En una de

ellas concibió el propósito de matar a Ulbricht. Thomas estaba medio loco al pensar que nada podía hacer por sacarme de las garras de Werner. Les presenté a los dos en un «*cabaret*». El piloto pidió que me dejase en libertad y obtuvo una respuesta. Ulbricht accedía con una sola condición: la de que en su primera guardia permitiera entrar en el despacho del jefe del campo al hombre que él designara. La conversación fue violenta. Thomas regresó a Rhein-Main. Nos vimos ocho días después. Con lágrimas en los ojos le conté que había participado en el asesinato de un hombre. Le pedí que, si me amaba, por una sola vez aceptara los requerimientos de Werner. Le besé, apasionadamente poniendo en juego mi astucia y hermosura. ¡Después de su primera traición toda sería fácil!

James se movió inquieto, pugnando por no abalanzarse contra la mujer y ahogarla. Maureen creyó que eran celos.

—No le amé —se apresuró a aclarar— aunque mi dormida conciencia despertó. Thomas resultaba simpático, tanto que llegué a tomarle un filial cariño. Era imposible retroceder. Obtuvimos fotocopias de los documentos que interesaban y Werner decretó su muerte. Me opuse. Por vez primera le desobedecí. Supe su atentado.

—¿Quién le mató?

—Ulbricht me informó después. Hicieron llegar a su poder un paquete y una tarjeta en la que falsificaron mi letra. Rogaba que llevase al aeropuerto de Tempelhof algo a mis padres. Allí lo recogería un amigo. Era una, bomba preparada para hacer explosión en pleno vuelo. La niebla, según me dijo Werner, estuvo a punto de hacerle fracasar.

—¿Por quién conoció tales detalles?

—Los imaginó. Las condiciones de vuelo eran terribles y los Ce-Cincuenta y Cuatro partieron diez minutos más tarde. Conocía las horas de los servicios de Thomas, pues él me hablaba de su trabajo. ¿Qué te ocurre?

La sangre se deslizaba por la barbilla de James. Tanta era la violencia que el joven se hacía para averiguar hasta el último detalle las circunstancias que rodearon el sabotaje, que sus dientes, al penetrar profundamente en el labio inferior, produjeron una profunda herida.

—¿Le querías?

—Te juro que no. Me dio lástima su trágico fin.

—¡Jurar tú! ¡Eres de la misma calaña que Werner! ¿Qué os liga a los dos? ¡Contesta!

Intimidada por el tono enérgico de su compañero y deseando contar con su protección, Maureen no dudó en responder la verdad.

—Estamos casados, pero le odio y deseo verme libre de él.

James se puso en pie, colérico, desconcertado. ¿Qué clase de seres eran aquéllos? ¿A qué calaña pertenecían?

—¿Qué buscaba el hermano de Deering?

El interrogatorio era completo, sin una laguna que dificultase el esclarecimiento de la verdad.

—Las cartas de Thomas. Se las di. ¡Las conservaba, aún no sé por qué! Tal vez creyendo que con ellas podría tener en mis manos a Werner. ¡Qué sé yo! Desde que murió ese muchacho no he dormido una noche sin pesadillas. ¡Me encuentro sola, Smith! ¡Te necesito!

Levantándose, quiso abrazarse a James, que la rechazó con brusquedad.

—¡Aparta! Tu contacto es ponzoñoso. ¡Me das asco!

Como insistiera en aproximarse, la empujó en salvaje violencia, derribándola.

—¡Eres peor que un reptil! —La insultó—. Tiembla. Yo soy...

Le interrumpieron unos golpes dados en la puerta de entrada que, por su violencia, parecían producidos por un objeto duro.

—¡La «Volkspolizei»! —exclamó la joven con terror—. Ulbricht nos ha denunciado.

—¡Huyamos! Ven conmigo, Maureen. ¿No quieres salvarte?

—¡Para qué! —repuso ella, con abatimiento—. Tú también me odias. Estoy cansada de luchar. Es mejor que todo acabe.

—¡No!

Con la culata de su automática golpeó a la muchacha en la cabeza haciéndola perder el sentido. La cogió en brazos y, seguro de que la casa se hallaba rodeada, llegó a la cocina, sacando una escalera de mano de la despensa. En el techo había una trampilla que comunicaba con el desván. Una vez arriba, no sin esfuerzo, subió la escalera, borrando el rastro de su huida. Cuando cerraba el pestillo interior oyó un formidable estruendo y voces de hombre.

Con una linterna buscó la comunicación con el tejado. No le fue difícil situarse sobre la casa. Siempre con Maureen colgada en su

hombro derecho, procurando no romper ninguna teja, recorrió, varios metros. Por fortuna, el edificio antiguo era de la misma altura y pasó a él. Halló la entrada de las guardillas, penetrando en una. No había dejado tras de sí ninguna pista. Confiaba en que los secuaces de Werner creyeran que habían huido...

Esperó, angustiado. La mujer volvió en sí.

—¿Dónde estamos?

—Libres de la «Volkspolizel». No temas. Antes me dejé llevar por la cólera y los celos. Te amo. Por eso te he salvado.

—¿Quién eres? Nos interrumpieron cuando ibas a decirme tu verdadera personalidad. No me engañó el Smith.

—No te preocupes. Soy un forajido, un hombre sin conciencia, pero nunca traicioné a nadie de modo tan perverso. Me indignó tu historia.

Durante el tiempo que la muchacha permaneció inconsciente, James se prometió ser cauto. Sin la ayuda de Maureen tal vez nunca localizase a Ulbricht. Ella debía conocer los escondites del germano.

—Es inútil que resistamos. Nos cogerán.

—No lo creas, querida —la palabra afectuosa sonó como un trallazo en los oídos de Deering—. Tengo un refugio admirable hasta que nos sea posible huir. Tal vez en la zona francesa pasemos desapercibidos. Espérame. Veré si se fueron ya.

Con el máximo de precauciones alcanzó el exterior. La noche era magnífica. Reptando sobre el vértice mismo del tejado en declive, examinó Leopold Strasse. No había nadie.

Regresó a comunicar la buena noticia a Maureen, quien, en tono bajo, le advirtió:

—No te confíes demasiado. Es posible que la

M. G. B.

tenga en los alrededores los mejores agentes. ¿Con qué bajaremos?

—Por aquí debe haber una cuerda.

Sin moverse para no ser oído por los habitantes de la casa enfocó la linterna a los distintos rincones, repletos de muebles y cacharros fuera de uso. Al fin encontró lo que buscaba, un rollo de maroma.

—Descálzate y sígueme.

Ató una punta a una de las chimeneas.

—Abrázate a mi cuello y no hagas ningún movimiento. No es

grande el esfuerzo. Me ayudaré con los pies.

—No es preciso. En la academia de espionaje de Moscú obtuve el número uno en gimnasia entre mis camaradas femeninas.

Sin aguardar la conformidad de James se aferró a la maroma, descendiendo. Deering la siguió. Una vez en la calle avanzaron por Leopold Strasse en dirección a las afueras, al Lago Stillinge. Habían llegado casi a la esquina Stillingsweg, cuando un hombre surgió, de improviso de uno de los portales.

—¡Alto!

James, que llevaba su pistola en la mano derecha, disparó a matar. El individuo se desplomó.

—¡Corramos!

La detonación sembró la alarma. Se oyeron silbatos.

Deering y la muchacha avanzaron bordeando el Jardín Schiller. Un motor de coche se oyó a lo lejos. Se detuvieron junto a las vías del ferrocarril.

—¡Nos cazarán! —jadeó Maureen.

—No. ¡Viene un tren de mercancías! Intentemos subir a él. No trae mucha velocidad.

En efecto, el convoy, a poca marcha, pasó ante ellos.

—¡Ahora! —gritó James.

De un salto se aferró al reborde de una plataforma. Maureen, haciendo gala de una enorme preparación física, le imitó. Durante unos segundos se esforzaron en sostenerse. Deering fue el primero en subir, ayudando a la mujer. Una vez que estuvieron ocultos tras unos fardos. James reconoció:

—Eres muy valiente.

—No es mérito mío. La

M. G. B.

prepara bien a los espías. ¿Dónde vamos?

—No lo sé. No debemos salir de la ciudad. En Dessau tengo un amigo que nos dará cobijo.

Ella le miró, reprochándole:

—Me mentiste. Afirmabas que no conocías a nadie.

—Vino después. Huye, como yo, de la Justicia. ¡Escóndete! Vamos a detenernos.

—No es así, aminora la velocidad para pasar la aguja del ramal que conduce al Matadero, a la altura del Jardín Federico. ¡Nos

desviamos!

En efecto, el ferrocarril, en vez de alejarse de Dessau, se adentraba en Eduard Strasse. El tren se paró, momento que aprovecharon los dos jóvenes para saltar a tierra y avanzar en dirección a Jonitzer Strasse, de donde, a través de varias calles, pasaron a la de Teich, deteniéndose frente a la Iglesia Católica, en un taller de reparación de automóviles. Deering golpeó en el cierre de forma convenida y la pequeña puerta metálica del mismo se abrió.

Llevando de la mano a la muchacha y ayudándose de la linterna, James atravesó una amplia nave. Una voz en la oscuridad, preguntó:

—¿Quién viene contigo?

—Maureen Golesti. Nos persigue la «Volkspolizel». Hemos escapado de milagro.

—Pasa al despacho y espérame.

Siempre a la luz del foco eléctrico ascendieron una escalera de caracol desembocando en una habitación. Deering buscó el interruptor de la luz, iluminando un cuarto no muy grande en el que había una gran mesa y varias sillas. Las paredes desnudas y la total ausencia de adornos denunciaba la falta de una mujer.

—Sentémonos, Maureen. Bien ganado tenemos el descanso. ¿Qué hubiesen hecho, contigo tus antiguos compañeros de haberte cogido? ¿La muerte?

Ella se estremeció.

—Algo peor. Me habrían sometido a un interrogatorio de los que he presenciado algunos. La

M. G. B.

tiene doctores especialistas en tortura. Tras haberles dicho lo que deseaban me hubieran aplicado el ya famoso «Código del Traidor», que impera en todos los servicios secretos del mundo: un tiro en la nuca. Aunque se confiese, siempre emplean algo más fuerte que el «tercer grado» para tener la certeza de que no se miente.

—Feo porvenir —reconoció, sarcástico, Deering—. ¿Cómo es posible que ingresaras en semejante organización?

—Mi ambición y mi afán de aventuras me hicieron ponerme al lado de los invasores. Soy culpable de la ruina de muchas familias. Tú elegiste el camino de la riqueza asaltando Bancos. Yo el de la

intriga. No tenemos nada que reprocharnos. ¿Te sonríes?

—Sí. Te defiendes acusando. Eres muy original.

La llegada de un hombre alto, de facciones enérgicas, ataviado con un «mono» azul de mecánico, interrumpió el interesante diálogo:

—Hola, James. ¿Qué tal, señorita?

—Su nombre es Maureen Golesti. Éste es mi amigo, William Clemens. Trafica en... bueno, no importa en qué.

El recién llegado estrechó la mano de la muchacha.

—¿Qué es lo que queréis?

—Por lo pronto dos habitaciones para descansar. Nos persigue la Policía rusa.

William miró inquisitivamente a Deering:

—¿Has vuelto a intervenir en algún atraco?

—No. Mañana te explicaremos. Necesitamos ordenar las ideas.

—De acuerdo. No os presionaré.

Les acompañó a dos cuartos, separados interiormente por una puerta, y tras desearles un feliz término de noche, se alejó silbando una cancioncilla popular.

Una vez solo, James se desnudó. Estaba seguro de que la muchacha no escaparía. Era imposible salir de allí sin la anuencia de William Clemens...

La hora de la venganza se aproximaba.



EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA

su niño puede adquirir:

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡LO MEJOR Y MAS ECONOMICO!

V

EL F. B. I. ACTÚA



la luz de un quinqué de petróleo, cinco hombres conversaban en voz baja en uno de los edificios municipales del Jardín Schreber, situado en West Strasse, rodeados de útiles de limpieza. Pese al tono quedo del diálogo, éste era animado, vehemente. Callaron al oír ruido de pasos en la arena. Alguien tocó en la puerta.

—¿Eres tú, Werner?

—Sí, Jurgén.

Momentos después Ulbricht estrechaba las manos de sus nuevos camaradas, miembros de la organización patriótica de resistencia.

—Bienvenido. Necesitamos tu consejo y tu ayuda, pero antes queremos que respondas a una pregunta.

—Con mucho gusto, Spaatz.

—¿Cómo no te encarcelaron después de la revuelta del «cabaret»?

—Se lo debo a Maureen —mintió, cínicamente, Werner—. Al parecer es la «amiga íntima» —subrayó, intencionado, las dos palabras— del general y le pidió mi libertad. Él es hombre impresionable a la belleza y accedió. Sin embargo, sé que esperan de mi menor descuido para encarcelarme. Liquidé mi piso de Waldersee Strasse y vivo en la clandestinidad. Siempre desee trabajar a vuestro lado. Por la muchacha conozco datos que pueden interesaros. Por ejemplo, el emplazamiento de un laboratorio atómico.

—¿Dónde? —inquirió Jorgen.

—Se lo diré al jefe absoluto. Sois muchos hombres para guardar un secreto.

Observó una leve vacilación en los que le rodeaban, que cambiaron entre sí miradas inquietas. Spaatz comenzó:

—No será posible en muchos días porque...

—No te esfuerces —le interrumpió, burlón, Ulbricht—. Os parece arriesgado confiaros a mí. Creo que estamos perdiendo el tiempo. Seré un miembro más y me limitaré a recibir y cumplir órdenes. Os recuerdo que no pedí el ingreso en vuestras filas, sino que me llamasteis a ellas.

—Werner tiene razón —dijo alguien desde uno de los laterales. Interesa oírle.

Un hombre alto, de unos cuarenta años, vestido de negro, se destacó de las sombras, aproximándose a los que hablaban.

—Soy Kurt Schoenberg, austríaco, director del movimiento de resistencia. Te voy a explicar nuestros proyectos. Odiamos tanto a los invasores de la zona soviética, que aún con riesgo de ser fusilados, constituye un placer destruir, en lo posible, sus instalaciones militares, haciéndoles comprender que la gran Alemania es vencida, pero no se rinde. Británicos, americanos y franceses están decididos a reconocer de nuevo la soberanía

germana, aunque con una vigilancia lógica, según su mentalidad. Los rusos se oponen con argucias. Ellos impiden que el presente nos sea más grato. Mi labor y la de los míos no es otra que una empresa romántica en la que tarde o temprano perderemos la vida. ¿Dónde se halla ese laboratorio?

En una casa de Akensche Strasse, en el número dos, frente a la plaza del Kaiser. Está camuflado. No hay vigilancia externa. Si interesa me ocuparé de los detalles.

—Desde luego. Sería un buen golpe, Jurgen.

—Estupendo, Kurt. Ya te dije que Ulbricht era una, buena adquisición. ¿Cuál es ahora tu residencia?

—Los avisos podéis dejárselos al camarero a quién disteis la tarjeta. ¿Es leal?

—Sí.

—A él le diré mis sucesivos domicilios. Aunque la «Volkspolizei» no me busca temo que, de tenerme localizado, me detendrá en cualquier momento. El general accedió a la súplica de Maureen pero no perdona. Ansío machacar a esos cerdos. Me serviré de la joven para informarme. ¿Eres el jefe absoluto, Schoenberg o sólo local?

—Absoluto. Bajo mis órdenes se mueven cientos de patriotas en las cuatro zonas. Permaneceré en Dessau varias semanas. Hube de huir de Potsdam. Me marchó. Recibirás instrucciones en el momento preciso.

Salió sin despedirse. Jurgen Spaatz miró su cronómetro y pasados cinco minutos, autorizó:

—Ya podéis partir. Sed prudentes.

Abandonaron la casa destinada a almacén de útiles de limpieza, separándose en el interior del jardín.

Con una sonrisa satisfecha en el rostro, Ulbricht anduvo por los arbolados paseos, donde se rompía la luz de la luna reflejando caprichosos arabescos, hasta alcanzar la línea férrea, que siguió en dirección al Depósito de Máquinas, próximo al cementerio. Un hombre se le acercó:

—¿Hubo suerte, Werner?

—Completa. Les destruiremos en breve.

—Bien. El coronel quiere hablarte. Sígueme.

Intranquilo por vez primera desde que entrara al servicio del

espionaje soviético, anduvo tras su camarada en la
M. G. B.

penetrando en un gran taller, en cuyo centro había una locomotora para su reparación. Al fondo lucía el débil foco de una linterna.

Se acercaron distinguiendo el bulto de un hombre. Intimidado, Ulbricht dio la novedad:

—A sus órdenes, mi coronel. Todo salió cómo esperábamos.

—Bien, Werner. No es para eso para lo que le llamé. He recibido un aviso telefónico de Maureen Golesti. ¿Sabe lo que me ha dicho?

—No. Es una traidora. Le previne al general para que no le entregara el sobre conteniendo las instrucciones de la supuesta violación de frontera. Desde lo de Thomas Deering, el piloto de Rhein-Main, no es la misma. Es malo cuando el amor se mezcla en los negocios.

—De acuerdo. ¿Por qué se casaron sin permiso?

El tono de voz del misterioso jefe de la

M. G. B.

era incisivo. Ninguno de los agentes le conocía. Las entrevistas las celebraba siempre en lugares distintos y en la oscuridad. Werner, con un estremecimiento, comprendió que el negar empeoraría más las cosas. Estaba seguro de que el departamento hizo gestiones para comprobar la veracidad de la denuncia.

—¿Se lo dijo ella? —repuso en tono alterado.

—Limítese a contestar. Yo soy quien pregunta y no usted. ¿Es cierto o no?

—Sí; fue un mal momento. Habrá comprobado mi fidelidad. He denunciado a mi propia esposa.

—Eso es cuenta nuestra, Ulbricht. Tendrá que hacer muchos méritos para que nos olvidemos de su desobediencia. ¿Le será fácil descubrir al jefe de esa organización que perseguimos?

—Sé quién es. He hablado con él. Su nombre, es Kurt Schoenberg. Procuraré averiguar su escondite. Sale siempre antes que los demás. Pensando en que necesitaría ayuda ordené a Gronchi que se introdujera en los grupos de acción. En la próxima entrevista le comunicaré hora y lugar y él le seguirá. Lo demás será fácil. Una vez en nuestro poder dirá lo que sepa. ¿Qué le parece mi plan?

—Se lo diré cuando el asunto esté terminado. Pueden retirarse.

Tanto Werner como su camarada no ignoraban que rodeando al

que ellos conocían únicamente bajo la denominación de «coronel» se hallaba una fuerte escolta. Con las manos ostensiblemente separadas del cuerpo, alcanzaron el exterior. Gronchi, de origen italiano, vendido al oro ruso, de estatura regular y contextura física endémica, anunció:

—Me han ordenado no separarme de ti.

—Me alegro —mintió Ulbricht—, muerto Franz Stroop, preciso un auxiliar. Me urge dar la batalla a esos fanáticos.

Caminaron en silencio hasta encontrar un «taxi» en Hallesche Strasse.

—¿Dónde vamos? —inquirió Gronchi.

—Al «*cabaret*». No creo que Maureen se haya atrevido a ir.

No se equivocaba. La cantante no actuó. El dueño del local se vio obligado a disculparla por enferma, anunciando para el día siguiente el debut de una bailarina del «*ballet*» de Moscú.

Los dos espías bebieron una botella de «*champagne*». Los ojos de Ulbricht miraban en todas direcciones. Tal vez la audacia de James Smith llegase al extremo de frecuentar el establecimiento. No fue así, y casi de madrugada abandonaron el «*cabaret*».

—Resido en unos salones privados de la Biblioteca Ducal. El director es compañero nuestro.

—Magnífico sitio.

Los miembros de la

M. G. B.

no repararon en que un hombre con el clásico aspecto de un «*hausierer*»[6] les seguía a considerable distancia...

Cinco individuos que habían dejado un «Chevrolet» en la esquina de Bismarck Strasse con Akensche, penetraron decididos en el amplio portal de una casa. Apenas hubieron desaparecido, una furgoneta con seis soldados rusos armados de fusiles se detuvo en la puerta. El oficial que los mandaba ordenó:

—Distribúyanse procurando que no les vean.

Se volvió al chófer del vehículo militar para darle nuevas instrucciones, y su asombro no tuvo límites. Tres hombres que habían surgido, sin duda, de los edificios inmediatos, con los rostros cubiertos por pañuelos, les encañonaban con metralletas.

—¡No se muevan!

Los amenazados miraron con asombro a los que les rodeaban, tan inesperado fue el ataque. El oficial inició un movimiento de resistencia, que fue cortado por un golpe en la muñeca con una porra de goma y alambre. Los soldados no se atrevieron a intervenir.

—Pónganse de espaldas contra la pared ¡Rápido! ¡Suelten los fusiles!

No hubo ni un conato de defensa. Uno de los atacantes, pasando la ametralladora a uno de los que le acompañaban, sacó el revólver y con el cañón redujo a la inconsciencia a los militares. Entonces sucedió lo increíble. De los portales surgieron más hombres, que desvistieron a los soldados, poniéndose sus ropas. Los cuerpos desnudos de los de la Volkspolizei fueron introducidos en un camión, en cuyo interior dos individuos procedieron a atarlos y amordazarlos. Todo había sido realizado en menos de diez minutos.

—Llévate más allá la furgoneta, James. Procura que no te reconozcan.

—Bien. No te preocupes. Haré de chófer.

William Clemens, que mandaba la operación, distribuyó a los que le acompañaban, armados de fusiles y ataviados con los uniformes militares, en las puertas inmediatas. Deering, asomando la cabeza por la ventanilla de la furgoneta, vigilaba uno de los extremos de la calle. Una llamada en el interior de la casa les anunció que el momento de actuar era llegado. Pasos precipitados les hicieron erguirse. Apenas aparecieron los cinco individuos que entraron primeramente, los soldados se abalanzaron sobre ellos.

—¡A la furgoneta! ¡Rápido! Ya era hora de que les cogiéramos —dijo Clemens.

El interior del vehículo era amplio, con grandes asientos a los lados. Conforme los sorprendidos hombres iban subiendo, eran desarmados. Jurgen Spaatz aconsejó a los suyos:

—No os acobardéis. Sólo se muere una vez.

Werner Ulbricht, junto a él, asintió con la palabra y el gesto. Preguntó al oficial:

—¿Dónde nos llevan?

—Ahora lo sabrán. No se preocupen.

El coche avanzaba a toda marcha hacia Friedrichs Allee. Lejos se oían las sirenas de los servicios de incendios. Jurgen Spaatz,

satisfecho, habló:

—No lograrán apagar el fuego. Los productos químicos se inflaman fácilmente.

Nadie le respondió. Los patriotas, con las cabezas hundidas en el pecho, meditaban tal vez en su próximo fin. A Werner le extrañó que no le hubiesen separado de sus camaradas, y un estremecimiento recorrió su espalda. ¿Acaso...? En este instante, la Policía secreta soviética estaba procediendo a la detención de Kurt Schoenberg. Al menos, así ordenó que se hiciera.

El vehículo, a la altura del palacio del príncipe Jorge, torció por Grosskuhnau, deteniéndose en las tapias del Campo de Recreo, en Grosse Kienhaide.

—¡Bajen!

Los detenidos, siempre custodiados, fueron conducidos a la pared, donde les ataron las manos a la espalda. El que mandaba la patrulla indicó:

—Vamos a fusilarles por traidores. No merece la pena la formación de un sumario.

Jurgen Spaatz y sus tres compañeros irguieron el torso. Ulbricht exclamó:

—¡No pueden hacer eso conmigo!

—Ahora lo verás —respondió, sarcástico, el oficial.

Los soldados, a unos cinco metros, aprestaron sus fusiles. La luna se ocultó detrás de una nube, como no queriendo presenciar la ejecución.

—¡Preparados! ¡Apunten!

Las armas fijaron los blancos. Por el cerebro de Ulbricht cruzó, en un ramalazo, la verdad. La

M. G. B.

le condenó a muerte, Gritó, trémulo de espanto:

—¡Esperen! He de confesar algo. Soy un agente secreto soviético. Lléneme ante el general Sokolovski. El responde por mí.

—¡Bajen las armas!

William Clemens se acercó al prisionero.

—¡Mientes para salvarte! ¿Tienes alguna prueba de lo que dices?

—Me infiltré entre ellos para ponerles en manos de las autoridades de ocupación. Debajo de la plantilla del zapato izquierdo hay un carnet de la

M. G. B.

La reacción de quienes suponía miembros de la Volkspolizei sorprendió al traidor. Los soldados se agruparon en torno suyo, desatando a Jurgen Spaatz y a sus amigos.

—Era lo que deseábamos saber.

—¿Qué hacen? ¿Quién es usted?

El oficial, quitándose la gorra, sacó de su boca dos bolas de goma que le desfiguraban las mejillas. Luego se arrancó el bigote, frotándose con un pañuelo en la frente para borrar la unión de las dos cejas. Se encaró, burlón, con Ulbricht:

—¿Me reconoces?

—¡Kurt Schoenberg!

—El mismo. Soy un agente del Federal Bureau of Investigation comisionado por mi país para detener al autor de un sabotaje que costó la vida al piloto Thomas Deering. No es la primera vez que me ves. Yo fui el visitante que se apoderó de la correspondencia de Maureen. Estos señores dudaban de mis palabras y de mi amistad hacia ellos, y, aun con riesgo, quise demostrarles a quién habían introducido en sus filas. En breve te conduciré a la zona americana para que respondas de tus crímenes. Necesito la colaboración de los verdaderos patriotas para destruir la red de espionaje que desde Dessau es una amenaza a la paz del mundo. ¿Qué le parece, Jurgen?

—Nos tiene a sus órdenes. ¡Quién iba a pensarlo! Han sido tantas las públicas manifestaciones de Werner contra los soviéticos, que confiábamos ciegamente en él.

—Se equivocaron. El camión nos espera en un solar de Schul Strasse, en Ziebnig. Allí nos cambiaremos de ropa y ustedes partirán a su cuartel general. Conserve los uniformes. ¿Qué piensan hacer de los soldados?

—Abandonarles en el campo.

Deering, que presenciaba desde la furgoneta la escena, se aproximó a Ulbricht, que al verle, en el colmo del asombro, exclamó:

—¡Tú!... ¡Tú!...

—El mismo. El hermano de Thomas, el hombre que va a llevarte a la silla eléctrica.

—¿También del

F. B. I.?

—No. Capitán del Ejército del Aire. Vamos, William. Es peligroso permanecer aquí más tiempo. ¿Organizaste su traslado?

—Sí. Llévale contigo. Que te ayude alguno de los hombres de Jurgén.

—No es necesario. Iremos solos. Nuestra conversación será interesante. Utilizaré la furgoneta. Aún no han dado la alarma. Los únicos que pueden hacerlo están en nuestro poder.

Comprobó que las ligaduras de las manos de Werner eran sólidas, y le inmovilizó también los pies, depositándole como un fardo en la parte trasera del vehículo. James subió al volante.

Invirtió menos de media hora en llegar al garaje de Teich Strasse. Apeándose, alzó el cierre, entrando en el recinto con coche y todo. Ya en el interior, desató las piernas de Ulbricht, y encañonándole con su pistola le ordenó:

—Ve delante.

El alemán obedeció. Carecía de ánimos para oponerse. Estaba seguro de que cuando se conociese su fracaso y el ridículo hecho por la Volkspolizei, el «coronel» decretaría su muerte.

Reconoció que el agente del

F. B. I.

había tendido bien sus redes. Necesitaba escapar. ¿Cómo?

—Abre esa puerta y entra. Quiero preguntarte algunas cosas.

—No te contestaré.

—Lo veremos.

Una vez en el reducido despacho, James procedió a ligar nuevamente los tobillos de Werner, sentándole en una silla. Encendió un cigarro. El silencio fue tan largo, que Ulbricht se movió, inquieto.

—¿Qué pretendes?

—¿Por qué diste la orden de asesinar a Thomas? Matándole anulaste la posibilidad de repetir el hecho.

—Tenía celos.

—Mientes. No eres capaz de amar a nadie que no seas tú mismo.

—Te equivocas. Quiero a Maureen a mi manera, sin que sea un obstáculo en mi vida. La denuncié porque necesitaba probar mi coartada de fidelidad. ¿No te interesa saber detalles de nuestra organización?

—No. Eso ya se encargarán de averiguarlo los del

F. B. I.

Les sobran medios para conseguirlo, con o sin tu ayuda.

—No lo dudo. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Saciar la ira de mi corazón. No puedo matarte, porque mi conciencia y la ley me lo prohíben. Sin embargo, te daré la más formidable paliza que hayas recibido nunca.

Cerró por dentro la puerta, guardándose la llave en el bolsillo del pantalón. Luego, ante el asombro de Ulbricht, tras comprobar que el germano no llevaba armas ocultas, le desató, diciéndole:

—Defiéndete.

Werner, sorprendido por tal alarde de generosidad, comprendió que en aquel combate se jugaba la libertad y la vida, y quitándose la americana se dispuso a eliminar a su adversario. Con furia ciega se lanzó al ataque...

—Y ello es todo, amigo Spaatz. ¿Qué me responde?

Jurgen, sentado en el comedor de la casa, se acarició la barbilla con la mano izquierda.

—Habré de consultarlo con el jefe. Yo no soy más que...

—No continúe, por favor —le interrumpió el agente del

F. B. I.

Me consta que usted no recibe órdenes de nadie. Por eso quise hablarle a solas. Está bien que por prudencia haga creer a los que comparten el riesgo de sus desesperadas aventuras que no es más que un hombre sin la definitiva jefatura, pero no emplee conmigo la misma táctica.

Jurgen sonrió.

—¿Quiere una copa de coñac?

—Preferiría cerveza. Las emociones me han despertado sed.

—Espere. No tengo servidumbre, y mi esposa reside, en Múnich.

Dejó solo al valeroso miembro del Federal Bureau of Investigation, regresando a los pocos minutos con una botella y dos vasos altos, que llenó.

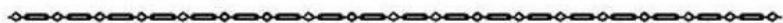
Bebieron en silencio. Clemens se preguntaba cuál iba a ser la respuesta del hombre al que necesitaba.

—Tengo dos motivos para ponerme a su disposición, William. Uno es la gratitud. Nos ha salvado de un grave peligro. El otro, el convencimiento de que obtendremos en pocos días un éxito

completo. Es enorme su capacidad y audacia. Considéreme a sus órdenes.

—Gracias, Jurgén. No esperaba menos de usted.

Los dos hombres se estrecharon las manos, en un nervioso apretón de afecto y sinceridad...



Por 1.25 pesetas

**LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:**

**Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

VI

¡SENTENCIADO!



ERNER Ulbricht volvió en sí con la sensación de que algo húmedo azotaba su cara. No se equivocaba. Ante él, James Deering y William Clemens, que tenía en su mano derecha una jarra vacía. Recordó lo acontecido. Su lucha contra el que se introdujo en su organización bajo el apellido Smith, y su derrota.

Se hallaba tendido en el suelo, esforzándose en dominar su ira.

—No debiste arriesgarte tanto, James. Pudo haberte vencido.

—Tenía la certeza de que no era hombre para mí. Su Academia de Moscú no puede compararse con la de las Fuerzas Aéreas de

Washington. No olvides que fui «*amateur*» cuando no contaba veinte años. Todos aseguraban que era más que una promesa. Además, hemos peleado dos contra él. Thomas, desde el más allá, estaba conmigo. Fíjate en su rostro. Las cejas partidas, varios dientes fuera de su sitio, los labios rasgados y los pómulos cubiertos de moraduras. Ahora te toca a ti interrogarle. Nos entrenaremos con él como si se tratara de un saco de arena.

La amenaza hizo estremecerse a Werner, que presentaba un aspecto repulsivo con la cara manchada de sangre.

—No será preciso —respondió Clemens—. Es un hombre sentenciado. Sí la denuncia de Maureen no bastase, su fracaso será considerado como una traición. Conozco los métodos de la M. G. B.

¿Me equivoco?

Era la primera pregunta. Ulbricht repuso con sinceridad:

—Desde que comencé a trabajar para Rusia comprendí que sólo me libraría de un fin trágico ocupar un cargo político, por encima de los grupos de acción. Estaba a punto de conseguirlo. Hay que saber perder. La eficacia de las fuerzas secretas soviéticas depende precisamente de que no se perdonan los errores, salvo en casos justificadísimos. Sabiendo que de nuestro trabajo depende la vida, nos esforzamos en el éxito.

—¡Legión de sentenciados! —comentó, sarcástico, el agente del F. B. I.

—. Tiene que facilitarnos datos, nombres, señas...

—Imposible.

—Al menos —pidió Deering—, danos un cigarrillo. Hemos terminado el tabaco.

Werner sacó su pitillera, que tiempos atrás extrañó a James por su grosor. El joven se la arrebató de un manotazo.

—Trae. ¿Cómo se abre? Es inútil que niegues. Sabemos más de lo que te imaginas.

Vencido, considerándose plenamente desenmascarado, Ulbricht confesó:

—Oprime a la vez los relieves de las esquinas superiores.

Con un «clik» metálico, un doble fondo quedó al descubierto. Contenía varios papeles en clave, que William examinó.

—Los enviaré a Washington para que los interpreten.

El agente del Federal Bureau of Investigation comenzó un laborioso interrogatorio. Deering anotaba taquigráficamente las respuestas. Tan abstraídos estaban en su trabajo, que no sintieron girar el picaporte de la entrada y aparecer en el umbral a Maureen Golesti, que empuñaba una automática.

—¿Dónde remitiste las copias obtenidas en el aeropuerto de Rhein-Main?

Un disparo cortó la posible respuesta. Los dos hombres vieron con asombro que en la frente de Werner aparecía un círculo violáceo por el que comenzaba a brotar la sangre. Se volvieron.

—¿Por qué lo hiciste? —exclamó James—. ¡Suelta ese revólver!

—¡Es el premio a un traidor!

El arma no temblaba en las manos de la mujer. Deering insistió:

—¡No seas loca, Maureen! Sólo nosotros podemos salvarte de tus compañeros.

—No lo creas. Conseguí engañaros a todos, hasta a Werner. Mi boda con él no se realizó. Fue una trampa de la M. G. B.

para tenerle en nuestro poder. ¡Sacadme de aquí! Es el precio de vuestra vida.

Clemens vaciló, simulando distraerse. James se dio cuenta de que el del

F. B. I.

iba a lanzarse contra su enemiga, y le contuvo.

—¡Quieto! Hagamos lo que dice. Te matará. ¡Es una mala hembra!

—Soy el agente de confianza encargado del espionaje en Alemania. No ignoro que fuiste tú, Deering, el asesino de Franz Stroop. Me hiciste un favor. Te protegí de Werner porque necesitaba que me llevaras cerca del que a mi servicio le interesaba localizar. Me salvaste románticamente de manos de unos hombres que me obedecen. Las circunstancias han cambiado. Dame las llaves, William.

El aludido accedió, esperando la oportunidad que deseaba. Maureen no se descuidaba.

—Bajad. Tú primero, Deering. Eres el más peligroso.

Se hizo a un lado para que pasaran los dos hombres, que, convencidos de que al menor movimiento serian elegidos como

blanco por la joven, descendieron por la escalera de caracol, llegando a la amplia nave del garaje.

—Da la luz, William. No quiero riesgos.

Se iluminó profusamente la estancia. James contemplaba horrorizado a la mujer. No pudo contenerse:

—¡Eres un monstruo!

—Cumpro con mi deber. ¿Tú también eres del

F. B. I.,

Smith? ¡Ignoraba su verdadera personalidad!

—Sí —mintió Deering.

—Prepara bien a sus hombres, aunque no tanto como la

M. G. B.

El general aparentó creer en las palabras de Ulbricht y simuló desconfiar de mí cuando en realidad soy su enlace, el jefe del Servicio Secreto en Alemania.

La revelación sorprendió a Clemens.

—No me importa confiaros la verdad. Nunca podréis comunicarla a nadie.

—¿Vas a matarnos?

—No. Os entregaré a la Volkspolizei. Interesa que os interroguen antes de eliminaros. Prepararemos un proceso sensacional. Colocaos de espaldas, con los brazos en alto. Así.

Maureen maniobró en la cerradura, abriendo la pequeña puerta.

—¡Salid!

Clemens, aun consciente del riesgo, se volvió, abalanzándose en «plongeon» contra la mujer, que disparó. La bala se perdió en el aire. James, que había conseguido empuñar su automática, se dispuso a hacer fuego. Su proyectil se aplastó en el cierre metálico. Maureen había cerrado tras de sí. William fue a salir en su persecución, pero Deering se opuso:

—¡Huyamos por la puerta trasera! Dentro de unos minutos, esto se llenará de soldados. ¿Tienes algo que destruir?

—No. Ella no escuchó más que el final de la conversación, e ignora que poseemos los documentos secretos de Ulbricht. ¡Qué diabólicos jefes! Fomentan la desconfianza, haciendo creer a cada uno superior a su camarada.

Atravesaron un patio, desembocando en Zerbster Strasse, de donde, en una rápida carrera, llegaron al Ayuntamiento,

ocultándose en los grandes portales de piedra.

—¿Dónde ir, William?

—A un hotel. Nuestros pasaportes nos evitarán contratiempos. Aquí cerca hay uno, el Stein.

Anduvieron despacio, sin cruzar palabra hasta que se encontraron cómodamente instalados en una habitación del piso primero, desde cuyas ventanas se divisaba el magnífico edificio de Hacienda, uno de los más típicos de la población. Cambiaron impresiones.

—No ha mentido —aseguró James—. Werner ya no existe. Si conseguimos apresarla, nos informará de lo que nos interesa. ¿Qué haces?

—Voy a intentar descifrar los papeles de Ulbricht.

Durante más de dos horas, William Clemens trabajó en silencio, mientras Deering paseaba nervioso. De madrugada, el del F. B. I.

se incorporó con semblante satisfecho.

—Vamos. La hora de la acción ha llegado.

James no formuló ninguna pregunta. Adivinaba en Clemens una profunda concentración mental, y no quiso distraerle.

Se confundieron con el núcleo de obreros que caminaban al trabajo. William, utilizando un teléfono público, se puso en comunicación con Jurgen Spaatz.

—Le esperamos junto al lago del jardín Schiller. De acuerdo...

Penetraron en el hermoso parque de Dessau por la puerta de Mozart Strasse, y acomodados en un banco de madera fumaron silenciosos. Clemens explicó a James:

—Obra en mi poder una relación de confidentes de la M. G. B.

que operan en las zonas americana, británica y francesa. Los grupos de patriotas se encargarán de eliminarlos. No conviene una intervención directa de las autoridades militares. Jurgen transmitirá por radio nombres y señas. De las cuatro personalidades que residen en Dessau nos ocuparemos nosotros. Vamos a concertar los planes... Allí llega Spaatz...

Ted Brown, corresponsal de una importante cadena de rotativos americanos, se levantó de su mesa de despacho para responder a la

llamada del timbre. El periodista era un hombre grueso, de unos cincuenta años, especializado en asuntos asiáticos y que residía en la zona occidental desde la declaración de guerra de Alemania a Rusia. Al lado de las fuerzas soviéticas hizo toda la campaña. Enviaba semanalmente un artículo sobre la situación política y militar de la

U. R. S. S.

Al franquear la puerta no pudo evitar un leve gesto de sobresalto, que fue observado por los tres hombres que le miraban sonrientes.

—No se inquiete, señor Brown —dijo uno de ellos en inglés—. Soy compatriota suyo. Si nos invita a pasar, le presentaré a mis amigos. Me llamo William Clemens, del Federal Bureau of Investigation.

Pálido, el escritor accedió amable:

—Entren.

—Gracias.

Ya en el gabinete de trabajo, el periodista, más seguro de sí, inquirió:

—¿Qué es lo que desean?

—Un servicio a su patria. Quienes me acompañan son James Deering, capitán del Ejército, y Jurgen Spaatz, del grupo de resistencia. Queremos que nos facilite la clave de que se sirve para transmitir instrucciones a los espías que operan en los Estados Unidos e Inglaterra. Poca cosa, ¿verdad?

Las palabras de Clemens tenían un marcado matiz irónico. Ted Brown enrojeció.

—¡No tolero insultos en mi casa! Márchense, o llamaré a...

—¿La

M. G. B.?

—interrogó de nuevo William—. Sea razonable. Quítale la pistola, James. Sería lamentable que se pusiera nervioso yuviésemos que matarle. La sangre de renegado ensucia mucho el suelo. Hablaré claro, por si no me entendió. Obran en mi poder documentos en clave de Werner Ulbricht en los que se demuestra su culpabilidad. Me costó trabajo descifrarlos, pero al fin lo conseguí. No en balde, en la Academia del

F. B. I.,

de Washington, obtuve el número dos de mi promoción. Está en un mal momento. Le damos tiempo para que se decida. ¿Qué hay, Deering?

—No lleva armas.

—Mira en el cajón de su mesa. Comprueba si tiene doble fondo. Creo que sí. Brown se muestra demasiado inquieto. Son las doce de la mañana. Hasta la noche permaneceremos con él. Podremos efectuar un minucioso registro. Sí tuviera alguna visita, no abriremos. Al teléfono contestará delante de nosotros, alegando mucho trabajo. Me consta que será formal. A propósito. ¿No fue usted quien escribió una serie de reportajes elogiando la actuación del

F. B. I.?

Me parece recordar que le acompañé en su visita a nuestra Academia. No preciso decirle que nuestros métodos deductivos y de acción son magníficos. Vea este papel.

Le entregó uno de los que llevaba Werner en la pitillera. El escritor la leyó en alta voz, traduciendo rápidamente los signos y números por frases inglesas.

—Ustedes ganan —dijo—. Les haré una proposición. Les informaré de lo que desean a cambio de que no me trasladen a la zona americana. Mis revelaciones, por veinticuatro horas de plazo para ir donde desee. No, no volveré a Moscú. Si se enteran de que les he traicionado, nada me librá de la muerte.

—¿Otro sentenciado?

—Sí. Huiré a... donde me apetezca. Mi pasaporte de corresponsal me facilitará el desplazamiento. ¿Acepta?

—Desde luego. Es lo que íbamos a ofrecerle. Empiece. Primero, señas de los hombres con quienes se comunica. Después, métodos y organización. James domina la taquigrafía.

Fueron varias horas de trabajo, por las múltiples comprobaciones.

—Nos llevaremos sus carpetas de apuntes para examinarlas despacio. No se preocupe por sus artículos. No se publicarán más. En los Estados Unidos, su nombre será maldito. Es una medida de precaución. Acompañenos.

—¿Dónde? —inquirió Brown con sobresalto.

—A mi casa —medió Jurgén—. Tendré mucho gusto en

considerarle mi huésped hasta que lo creamos oportuno. Le aseguro que no intentaremos sacarle de Dessau.

Ted Brown se sometió.

—Sea. No me queda otro remedio que acceder. ¿Vamos?

—Sí. Utilizaremos su coche. Usted nos servirá de garantía, y salvoconducto.

Una vez que dejaron a cargo de dos de los hombres de Jurgen al prisionero, el grupo, en el vehículo del periodista, se trasladó a la residencia de uno de los agregados comerciales de la Embajada, con el que todo fue más fácil. Era hombre poco complicado, que se limitaba a utilizar la valija diplomática para los servicios políticos. Confesó de plano, firmando una declaración.

Apenas le dejaron solo, oyeron un disparo. El traidor había puesto fin a su vida.

—Lamentable —comentó en alta voz Clemens—. Hemos de continuar la redada...



CHICOS Y MAYORES
VEN Y LEEN
AVENTURAS DEL F. B. I.

VII

CRUENTA BATALLA



OS fogonazos iluminaban la noche como fuegos fatuos. Mezclados con las explosiones de las armas de fuego, escuchábanse gritos de dolor o agonía. En Wasserstadt, en las proximidades del río Mulde, se libraba una lucha a muerte.

William Clemens había previsto dificultades para la captura del comandante Brandon, retirado del Ejército y especializado en la importación y exportación de materias primas; pero nunca supuso encontrarle rodeado de cinco hombres dispuestos a matar.

Apenas se cruzaron los primeros disparos, Jurgen Spaatz cayó mortalmente herido. Sus últimas palabras fueron:

—¡Huyan!... ¡No se preocupen por mí!

La sangre afloró a sus labios. Deering no tuvo tiempo de otra cosa que de apoderarse del revólver del alemán y de sus documentos, y sin perder la cara al enemigo, escudado en el quicio del portal de la casa, esperó mientras el agente del

F. B. I.

reconocía los alrededores. James disparó, y uno de los secuaces del que iban a buscar rodó las escaleras, alcanzado en la frente por un certero proyectil. El jefe de la organización clandestina de resistencia había sido vengado. William le dijo:

—Corramos. A la izquierda hay un bosquecillo desde el que nos será fácil la defensa.

Alcanzaron el sitio deseado sintiendo aullar en torno suyo las balas, abejorros pregoneros de muerte. Escudados tras los árboles abrieron fuego, sin economizar municiones. Llevaban abundantes cargadores de repuesto. La «German Luger» del miembro del

F. B. I.

tronó repetidas veces.

Hubo una tregua en el combate. La noche era oscura y las estrellas parpadeaban tímidas entre las nubes.

El agente del

F. B. I.

y Deering escucharon con atención, pretendiendo descubrir los motivos del repentino silencio.

—Huyamos, Clemens. Tal vez nos crean lejos.

—Aún no. He de apoderarme de ese Brandon para que mi trabajo sea completo.

Oyeron el ruido de un motor, y los haces luminosos de los dos potentes faros delanteros iluminaron el bosque unos metros a la derecha de donde se hallaban James y William. Un hombre maniobraba en el volante, haciendo girar los improvisados reflectores. El agente del

F. B. I.,

de dos certeros disparos, hizo saltar las bombillas. Oyeron una voz:

—Ahí están. Avanzad en círculo.

Una lluvia de balas se estrelló contra los árboles que protegían a Clemens y Deering. Una «Thompson» empezó a entonar su mortífera canción. Los silbidos de los proyectiles, el restallar de los disparos y

la luz violácea de los fogonazos profanaban la noche en una orgía de violencia. Los perseguidos no respondieron al fuego. Les era imposible asomar la cabeza, para no ser alcanzados por el diluvio de balas. William, aprovechando una leve tregua, retrocedió. James le imitó.

Con los nervios en tensión, conscientes de que cualquier error equivalía a una clara sentencia de muerte, y temerosos de que el estruendo de la batalla atrajese la atención de la Policía soviética, esperaron. El del

F. B. I.

habló a su camarada en tono de voz que era un susurro:

—Estamos próximos al río. La resistencia es suicida. Esos hombres pretenden ganar tiempo.

Una sombra se alzó ante ellos. Parecía un enviado del otro mundo. De la altura del vientre comenzaron a surgir resplandores. Portaba una metralleta de mano.

El plomo segó la hierba en derredor de los norteamericanos, que, sorprendidos por la audacia del que les atacaba, rodaron a la izquierda sin disparar sus armas para no descubrirse. La sombra, cesando en el fuego, giró también, y de nuevo el tabletear siniestro horadó la noche. Clemens, seguro de haber sido descubiertos, apretó por dos veces el gatillo. Escuchóse un alarido de dolor. Los disparos fueron espaciándose, hasta cesar por completo. El arma cayó de las manos del desconocido, que aún avanzó unos pasos hacia el agente del

F. B. I.

James, horrorizado, vació el cargador de su automática contra la sombra, que, al fin, se desplomó, tan cerca de los dos hombres, que Clemens no necesitó más que alargar la mano para apoderarse de la cartera del muerto. Deering, cogiendo la metralleta, murmuró:

—¡Cielos, qué temeridad la de este tipo!

—Ha sido un modo de suicidarse. Creo que es Brandon. Estaba seguro, de que si escapábamos arruinaríamos su reputación. Quiso matarnos o perecer.

No pudieron continuar el diálogo. A su espalda se escucharon pasos y silbatos de órdenes. La Volkspolizel entraba en acción.

—Vayamos al río. No dispaes más que en última instancia. Debe de ser la guardia del Castillo Ducal. Está en la misma margen

del Mulde. ¡Cuidado!

Una linterna centelleó, apagándose rápidamente. A su reflejo pudieron distinguir a tres soldados. James no vaciló. El cerco de muerte comenzaba a ser completo. Tenía que despejar el camino. Rabiosamente, repugnándole matar, pulsó el gatillo, escupiendo una mortífera ráfaga de plomo.

—¡Adelante! —gritó William.

Corrieron, perseguidos por voces y silbatos, alcanzando Wasserstadt. Varios coches militares cruzaban el puente a toda velocidad.

Campo a través reanudaron su alocada fuga. Sólo un milagro podía salvarles.

Dos reflectores entraron en acción. Los buscaban aún en el bosquecillo.

—Al río, James. Mantén en alto el arma mientras te... sea posible.

Nadaron a favor de la corriente, alejándose de la zona de peligro. Continuaban pasando camiones y vehículos blindados. Sin duda, las autoridades de ocupación creían tener que enfrentarse no con dos hombres, sino con un extenso grupo de la organización de patriotas.

Durante varios minutos, Deering se esforzó en obedecer las instrucciones de su compañero, pero el ruido de un motor, no muy lejano, le hizo sumergirse, abandonando la automática. Una gasolinera se acercaba. Pertenecía, sin duda, a las autoridades militares.

Cruzó a unos metros de él, barriendo las aguas con el reflector de proa. La suerte continuaba favoreciéndoles.

Libre del peso y la preocupación de la metralleta, braceó enérgicamente. ¿Y su compañero?

Le buscó en vano, llamándole. Nadie le respondió.

Angustiado, continuó avanzando hacia la altura del jardín Federico. La corriente era mayor, por unirse al Mulde una serie de riachuelos de regular importancia. Divisó el puente del ferrocarril, erigido sobre columnas de hierro. Experimentó una gran alegría al oír la voz de Clemens:

—James... James...

Miró inútilmente en torno suyo.

—¿Dónde estás?

—Debajo de uno de los arcos. Supuse que no serías tan temerario como para tomar tierra. Me agarré a una de las viguetas. Necesitaba descansar.

—Yo también.

Un tren hizo estremecerse la armadura metálica, ensordeciendo a los dos americanos.

—¿Dónde vamos, William?

—Al hotel Stein, a nuestras habitaciones. Antes habremos de caminar a pie un buen rato, para que se nos sequen las vestiduras. Creo que el sereno dormitará, como es costumbre entre los de su oficio. Me urge descansar.

Se dejaron arrastrar por las aguas hasta Scheplake, donde, abandonando el Mulde, se dispusieron a terminar, por aquella noche, sus aventuras. Por Erdprinzen Strasse llegaron a la calle Alexandra, famosa por sus edificios de lujo. Frente al bulevar que conduce a Wilhelm les abordó una mujer de aspecto provocativo:

—¿Queréis que os acompañe?

Clemens, fingiéndose embriagado, respondió:

—Sí... Hip —simuló perfectamente un ataque de hipo—. Hemos bebido más de la cuenta con un grupo de oficiales, y al final, para divertirse... hip... nos han echado al río. ¿Vives cerca? Te daríamos unos marcos... hip... por ropa seca y un vaso de «vodka».

—Venid conmigo.

James Deering, que en previsión de una sorpresa iba el último, examinó a la que le precedía. Era alta, bien formada, con el sello característico de las que hacen de su cuerpo una mercadería. Le extrañó la conducta de su compañero. Casi todas eran confidentes de la Policía, pago obligado para evitar molestias judiciales que siempre terminaban en campos de concentración.

Entraron en una casa de vecindad de Joachin Strasse.

—¿Vives sola? —inquirió Clemens.

—No; comparto el piso con una amiga, pero supongo que no habrá regresado aún. Es la novia de un sargento de la Volkspolizei.

Abrió una puerta con un llavín no muy grande, y cerrando tras de sí llegaron a un vestíbulo de donde partían tres habitaciones.

—El domicilio es pequeño —reconoció ella—. Pero nos sirve. Aquellas dos cortinas son nuestras alcobas.

—¿Y esa otra? —Inquirió Deering.

—Da a la cocina y al baño. Pasad. En un rincón tengo unas sillas de mimbre en torno a una mesita de centro. Quitaos las americanas.

James captó una seña de William, y comprendiendo lo que su compañero deseaba, dijo:

—Ahora me reuniré con vosotros. Voy a...

Sonrió, sin terminar la frase. Clemens y la mujer entraron en el cuarto.

—Me llamo Anny —anunció ella—. ¿Y tú?

—John... Dame un vaso de licor.

—Será mejor que te haga café. Voy a la cocina.

—Espera a que vuelva mi amigo. Eres muy bonita. Me alegro de haberte conocido. Estoy algo borracho, y no quiero que se me olvide. Toma cien marcos. No me dejes solo... hip...

Deseaba dar tiempo a Deering para que registrase la vivienda, a fin de comprobar si les amenazaba algún peligro.

—Eres americano, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sí; periodista. Vine a comprobar lo de la violación de la frontera para una cadena de periódicos prosoviéticos de mi patria. El general Sokolovski nos invitó a cenar. Bebimos más de la cuenta. Dimos unos vivas a América, y de pronto, sin saber cómo, nos encontramos en el agua. ¡Nos habían arrojado al Mulde! No recuerdo más.

James entró. Sin pronunciar palabra se quitó la americana y la camisa, quedando desnudo de medio cuerpo para arriba. Sin palabras acababa de decir a Clemens que se hallaban solos.

—Ve a hacer ese café. Me despejaré.

Salió Anny. Deering informó a su camarada.

—No hay nadie. El teléfono está en el otro cuarto. He cortado el cable, apoderándome de la llave de la cerradura para que no pueda traicionarnos. No me fío de esta mujer.

—Yo tampoco. Necesitamos que nos planche las ropas. Creí que era más temprano. Está amaneciendo. No podemos andar así por Dessau.

Deering comprendió lo acertado de las palabras del agente del F. B. I.

—Parece buena chica. Me fumaría gustoso un cigarrillo. Mi paquete está empapado.

—Los de mi pitillera han debido de salvarse de la mojadura. Cierra herméticamente. Toma.

Fumaron voluptuosos. El miembro del

F. B. I.

examinó la cartera que arrebatara al hombre que mataron en el bosque.

—¿Era él, William?

—Sí.

Oyeron pasos femeninos. Anny regresaba con unas tazas del humeante brebaje.

—Siempre tengo hecho —explicó—. Es un excitante que me va bien. No tuve más que enchufar el cazo eléctrico. Dadme vuestras americanas. He puesto la plancha.

James había tenido oportunidad de esconder la funda axilar y la pistola encima del depósito de agua del cuarto de baño. Cambió una significativa, mirada con Clemens.

—Empieza por la mía.

Se la entregó, sacando la cartera y varios papeles, que puso sobre una de las mesillas. Una vez que la joven hubo desaparecido, Deering se quitó los pantalones, ciñéndose en torno a la cintura una de las sábanas de cama. Rió:

—Tengo un aspecto deplorable. Prepárate a lo mismo. Siuviésemos ahora que huir, no iríamos demasiado lejos.

El del

F. B. I.,

preocupado, se desvistió a su vez, ocultando su arma en uno de los rincones del sillón, de forma que sentado no fuese vista por Anny.

—Lleva también lo mío y haz por ayudarla. Puede regresar su amiga y complicarse la situación.

Sólo de nuevo, William se entregó a la meditación. Terminó su labor en la zona rusa. Quedaba, sin embargo, la detención de Maureen Golesti. ¿De qué manera convencer a James de que la mujer no representaba nada para el futuro de la patria? Habían conseguido datos más que suficientes para anular a los miembros del espionaje soviético que operaban en los Estados Unidos y Londres. El Intelligence Service inglés le agradecería su trabajo. Maureen, aparte su indirecta participación en el asesinato de Thomas, era un miembro de la

M. G. B.

rusa, y su muerte nada aportaría al caso que fue a resolver a Dessau, eslabonado con el sabotaje de Rhein Main.

Evocó a Jurgen Spaatz, patriota ferviente que inmoló su vida en bien de su patria, luchando contra los que aislaban Alemania, haciendo imposible la recuperación militar y económica del país.

Su espíritu recto, incapaz de la traición, se indignó ante la idea de que seres nacidos en América renegasen de la tierra en que nacieron, poniéndose al lado de los que odiaban al pueblo joven que, abatiendo el imperialismo germano, supo después comprender el impulso creador de una raza fuerte y digna, colaborando a la creación de un nuevo Estado que bajo la vigilancia de los vencedores se recuperaba día a día, poniéndose a la altura de los que, como Italia, lucharon en los dos bandos, sin otro criterio que el de salvar una situación aun a costa del propio honor. Alemania, víctima del militarismo, en el triunfo y en la desgracia se mantuvo fiel a sus principios.

Su soliloquio fue interrumpido por James, que le llevaba la ropa.

—Vístete. Están terminando lo mío. Ve tú por ello. Encuentro a la muchacha inquieta. Me temo que se haya dado cuenta de que está encerrada con nosotros, sin posibilidad de escapar. Déjame tu pistola. Entretenla. Voy a comprobar su funcionamiento.

Deering se entregó a su tarea, secando cuidadosamente las piezas de la automática. Con mano diestra la armó, y cogiendo uno de los cargadores lo introdujo por la culata, metiendo una bala en la recámara. Puso el doble seguro. Una vez que estuviese vestido, se apoderaría de su revólver.

Hubo de reconocer mientras esperaba que William Clemens era hombre de excepcionales condiciones. Se reprochó haber juzgado a los del

F. B. I.

de fanfarrones incapaces de desenvolverse sin la ayuda de las autoridades de su patria.

Dos repetidos timbrazos le hicieron ponerse en pie. Clemens entró con el traje de su camarada.

—¡Vístete rápido! Alguien viene. Dame la llave.

Salió para vigilar los movimientos de Anny, que abrió la mirilla. Una voz de mujer se dejó oír:

—¿Por qué te has encerrado? Vamos, abre. Me acompaña Alexi.

William, poniendo la llave en las manos de la joven, le recomendó en voz baja:

—Di que tenías miedo. Evita que entren en tu habitación. Saldremos apenas sea posible.

Anny obedeció, descorriendo el cerrojo, y Clemens retrocedió rápidamente a la alcoba. Tomó su pistola, guardándola en uno de los bolsillos exteriores de la americana. En breves palabras informó a James.

Esperaron con los nervios en tensión. Oyeron hablar a Anny con otra mujer y el vozarrón de un hombre. Los recién llegados se burlaban de los temores de la muchacha, que no tardó en reunírseles.

—¡Salid! ¿Por qué me habéis obligado a mentir? ¿Quiénes sois en realidad?

—Dos periodistas que no quieren que se divulgue el mal trato que han recibido. Vamos. Toma quinientos marcos más. Eres buena, Anny.

En los ojos de la joven brilló una chispa de ironía. La sorpresa de Clemens y Deering fue enorme al desembocar en el vestíbulo. El sargento de la Volkspolizel les esperaba, revólver en mano.

—¡Quietos! Si se mueven...

No pudo continuar. El agente del
F. B. I.

disparó desde el inferior del bolsillo con mortal puntería. El arma que empuñaba el llamado Alexi rebotó en el suelo de la habitación. Anny lanzó un chillido, pero James le dio un puñetazo, derribándola inconsciente. Cogió el revólver del sargento, retrocediendo en busca de la otra mujer, a la que, aun repugnándole lo que hacía, propinó un izquierdazo.

—¡Salgamos!

Apenas bajaron el primer trozo de escalera se tropezaron con un grupo de vecinos.

—¡Suban corriendo! —gritó William—. ¡Se están matando! Nosotros avisaremos a la Policía. Aprovechando el general desconcierto, alcanzaron la calle. Despacio, para no despertar sospechas, confundieron con los numerosos peatones. Detuvieron un «taxi» que pasaba:

—Al Stein —ordenó Clemens.

Recostados en el asiento posterior del vehículo, los dos hombres se miraron.

—Nos hemos librado milagrosamente —reconoció, en un susurro, Deering.

—No diría yo tanto —opuso el agente del Federal Bureau of Investigation—. Hasta que no salgamos de la zona no podremos cantar victoria. ¿Te parece esta noche?

James no replicó. Hubo unos minutos de silencio.

—Pare —mandó James al chófer—. Voy a comprar cigarrillos.

El joven hizo intención de apearse, pero Clemens le detuvo.

—Espera. Iremos desde aquí a pie. Tenga.

Entregó varios marcos al conductor, que arrancó en busca de nuevos clientes. William preguntó a su amigo:

—¿Por qué quieres dejarme solo? No conseguiste engañarme. ¿Qué pretendías?

—Librarte de mi responsabilidad —fue la clara respuesta.

Caminaron unos metros sin cruzar palabra. Clemens intuyó que el momento desagradable era llegado. Breite Strasse, en las inmediaciones del matadero, rebosaba de hombres que se disponían a comenzar la jornada.

—Explícate mejor, James.

—No es necesario. No me iré de Dessau mientras no capture a Maureen Golesti. No me importa morir. No resistiré que Thomas reciba la calificación de traidor que merece. Ya te conté la historia. Esos planos no se han recuperado. El abrió el camino a un espía.

—Cálmate. No lles las cosas a ese extremo. Ya hablaremos tranquilamente en la habitación del hotel.

Diez minutos más tarde reanudaban el diálogo en el cuarto del Stein.

—Escúchame con atención, James. Voy a hablarte como a un hermano. Si esa mujer es lo que dijo, no estará ya en Dessau. Su fuerza consistía en el anónimo. Perdido éste, constituye un peligro para la

M. G. B.

En Werner Ulbricht, ejecutado por esa criatura diabólica, y en los que han muerto víctimas de sus hechos delictivos tienes de sobra consumada la venganza. Creo que...

—No te esfuerces, William. Es inútil. Confió en que Maureen haya ocultado la gravedad de la situación a sus superiores. Se ha comportado con torpeza, y el premio ya le conoces: la muerte. Se sabe sentenciada, y evitará que llegue el momento en que ni aun su belleza pueda salvarla. Tú debes regresar a Múnich para hacer entrega de la documentación obtenida y organizar la redada. Yo me quedo. Tengo un plan. Me he dado cuenta de que eres un especialista en caracterizaciones. Escúchame.

Habló por espacio de media hora, pasada la cual, el agente del F. B. I. reconoció:

—Muy arriesgado es lo que pretendes, pero es el único medio de conseguir lo que deseas. Durmamos. Nuestros cuerpos necesitan descanso...



MADRE:

¡DIBUJOS ESTUPENDOSI!

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

Sólo en

AVENTURAS DEL F. B. I.

VIII

UNA MUJER DIABÓLICA



N un despacho del Palacio Ducal, el mismo en el que durante su estancia en Dessau despachaba los asuntos Basilio Sokolovski —reintegrado ya a Berlín para seguir conteniendo con el general norteamericano Lucius D. Clay, que, con el jefe del transporte, general Tunner, y un competente Estado Mayor, libraba la famosa «Operación Vituallas»—. Maureen Golesti daba órdenes a un grupo de hombres.

—Doblen la vigilancia. Nadie debe pasar la frontera sin ser muerto o capturado. Usted, Fedor, movilice por completo a la Volkspolizel. Si no tiene suficientes hombres, pídalos a Magdeburgo. Nos jugamos la cabeza en esta empresa.

Hay que capturar a dos miembros del

F. B. I.

que han demostrado valer más que nosotros. Tú, Gronchi, quédate. He de comunicarte instrucciones privadas. Ustedes pueden marcharse.

Los aludidos obedecieron, intimidados por la amenaza de aquella mujer, respaldada por el gobernador militar de la zona. El rostro de Maureen reflejaba una autoridad sin límites. Su belleza había sido realzada por unas profundas ojeras, reveladoras de preocupación y temor.

—Volveré esta noche al «cabaret», Gronchi. Me seguirás a todas partes para protegerme. Eres el más indicado para eso. La situación es gravísima. Si no obtenemos éxito, es posible que se nos acuse de traición.

Se puso en pie, paseando. El teléfono comenzó a sonar. Ella lo cogió, palideciendo.

—Sí... Gracias... Que detengan a esas muchachas y las interroguen. No importa su vida. Son peligrosas en libertad.

Colgó. Acababa de condenar a dos mujeres a un fin espantoso. Gronchi la miraba, sin atreverse a interrogarla. Maureen explicó:

—Han matado a un tal Alexi, sargento de la Volkspolizel. Me llaman desde su domicilio. Han sido dos hombres, norteamericanos. Tenían las ropas empapadas. Dice una de las chicas que les encontró casualmente. Es posible que sea verdad, pero no quiero cometer errores. Cuántos tomen contacto con James morirán.

El agente de la

M. G. B.

miró a Maureen con severidad.

—Eres cruel en exceso —le reprochó.

—Por no serlo, esos hombres han triunfado. Debí ejecutar con mis propias manos a Smith.

—Yo celebro lo ocurrido, Maureen. No te dejes llevar por la cólera, y escúchame hasta el fin. En todas las reuniones has calificado de ineptos a los camaradas que trabajan en los Estados Unidos. A algunos se les ordenó regresar, y están ahora en Siberia, víctimas de tu ignorancia. Esos agentes han venido a demostrarte la perfecta preparación de los miembros del

F. B. I.,

la fuerza de contraespionaje más potente del mundo. No ya actuar, si no permanecer, es difícil en América. La Academia de Washington es un modelo en su género, mejor que la nuestra de Moscú. ¿Te acuerdas de mi hermano? Le enviaron allí. Sé que regresó a Rusia, e ignoro más detalles, aunque supongo lo que le ha ocurrido. Otro inepto, según el criterio de los que mandan, sin reconocer que a veces un fracaso no es síntoma ni de traición ni de incompetencia, sino producto de la organizada superioridad del enemigo. Me importa poco que me denuncies, Maureen. Desde que ingresé en la

M. G. B.

supe que no iba a llegar a viejo.

Gronchi volvió la espalda a la mujer. Esperaba la orden de que abandonase el despacho. Se extrañó al oír una respuesta amable, cariñosa:

—Eres injusto, Gronchi. Tu hermano está en Bulgaria. Gestionaré un permiso para que compruebes la veracidad de mis palabras. Todos nos equivocamos. Habrás de reconocer, aunque no sea de tu gusto, que es precisa mucha autoridad para que los Servicios Secretos no sean un arma de doble filo.

Con uno de sus brazos rodeó el cuello del espía, continuando:

—Muertos Werner y Franz, no me queda más amigo que tú. No seas demasiado duro. Cumpló órdenes.

Se quebró la voz de Maureen de mal contenida emoción. Gronchi, vencido por la ternura de la muchacha, se volvió, mirándola a los ojos.

—Perdóname. Si no te importa, te esperaré abajo. Necesito munición para mi pistola.

—Ve bien preparado. Si los encontramos, en nuestro camino no habrá cuartel.

Una vez sola, Maureen, con una sonrisa infernal pulsó el botón de un teléfono interior. Su voz se tornó humilde, obsequiosa:

—A la orden. Conviene que se disponga a liquidar a Gronchi. Imagina lo de su hermano, y es peligroso... No... ahora no. Le necesito. Conviene que dos agentes le sigan, a ser posible, femeninos. Le he tomado de guardaespaldas. Escuche mi plan.

Habló durante largo rato. Al terminar oyó una felicitación desde el otro lado del hilo. Sus ojos resplandecieron de júbilo. Se limitó a

responder:

—Cumpla con la misión que me ha sido encomendada. Le avisaré en el momento en que Gronchi no me sea útil. Mantendré contacto con usted. Adiós.

Del cajón de la mesa sacó un revólver «Smith» de pequeño calibre, comprobando la carga. Se desabotonó el vestido, ocultando el arma en la cintura. Los adornos de la falda disimulaban el leve bulto.

Descendió por la lujosa escalera de mármol. Definida su situación en, la

M. G. B.,

los soldados de guardia la saludaron con respeto no exento de temor. Gronchi salió a su encuentro:

—¿Qué hay, Maureen?

—Lo de antes. Sígueme a prudente distancia. Si entrara en algún sitio y tardase más de media hora en salir, es que hay peligro. Más tarde iremos a casa. Cumple en todo momento mis instrucciones.

—¿A Waldersee Strasse?

—Sí. Tengo una corazonada.

Cruzó el gran patio central del palacio, deteniéndose a contemplar la hiedra que se abrazaba lujuriosa a una de las paredes. Cualquiera podría confundirla con una muchacha romántica que se extasiaba ante la belleza. En realidad, ligaba los últimos cabos para llevar a la muerte a dos hombres.

Anduvo despacio por Kavalier Strasse, deteniéndose en la pequeña plazoleta de Johannis, frente al edificio de Correos y Telégrafos. Un grupo de pequeñuelos daba de comer a numerosas palomas que revoloteaban gozosas. En el alma de la mujer se alzó un grito de rebeldía. Hubo de reconocer que James, tratándola como a una hermana, sin apetencias bestiales, despertó en su corazón una inquietud nunca sentida. Disponía de tiempo, y se sentó en un banco, intentando definir sus ideas. No le gustaban los niños. Sin embargo...

Encendió un cigarrillo. Entre sus camaradas de espionaje tenía fama de ser dura como una piedra. Cuando se enterasen, si ella lo juzgaba oportuno, de la ejecución de Werner Ulbricht, su reputación de insensibilidad aumentaría. Todos les habían visto juntos, y algunos, como Gronchi, adivinaban que entre los dos hubo

íntimas relaciones.

Recordó la parodia de la boda y cómo, simulando obedecer, jugó con el alemán hasta conducirlo a la muerte. Sonrió al evocar la escena de terror ante James, cuando le fueron arrebatadas las cartas. Es cierto que cometió una imprudencia, pero Werner carecía de autoridad para juzgarla. Por fortuna, sus jefes, muerto Ulbricht, no podrían enterarse de sus errores...

Otras veces le complacía la evocación de sus triunfos; ahora, no. ¿Qué pasaba en su alma? Sí, como esperaba, conseguía capturar a William Clemens y a James Deering, estaba más cerca de la meta de sus ambiciones. Deseaba el cargo de directora de la Academia de Espionaje de Moscú, para poner al servicio de sus jefes sus conocimientos de la psicología humana, su dureza de corazón, su astucia y, sobre todo, su arte de fingimiento. Al asumir un papel determinado no sólo se limitaba a actuar como tal en los momentos precisos, sino que sentía y pensaba con arreglo a su nueva personalidad. Werner no sospechó que amenazó de muerte en varias ocasiones a la jefe de la

M. G. B.

en Alemania. Creía en la farsa del inexistente «coronel», como Gronchi, como los que operaban a sus órdenes. Ignoraba que, de acuerdo con el Servicio Secreto Militar, en los países en que actuaba creaba un personaje fantástico y terrible a quién culpar de actos de crueldad que sólo de ella provenían.

Tan abstraída estaba, que se sobresaltó al sentir que alguien la tiraba del borde inferior del vestido. Era un chiquitín de unos cuatro años, rubio, que le tendía un pedazo de pan.

—Rómpelo —pidió con su voccecita infantil.

Maureen accedió, deshaciendo lo que le entregaban en minúsculos fragmentos.

—Toma. Échalo a las palomas.

El pequeño corrió, gozoso.

Desasosegada, nerviosa, se incorporó. Eran las once. Demasiado pronto para ir a su domicilio.

Ambiciosa de espacios abiertos, tomó un «taxi», que la condujo a las afueras de la ciudad, al lago Stillinge, en él que, aparentando ignorar la presencia inmediata de Gronchi, que leía una novela, pasó la mañana gozando de las caricias del sol. Después, en el

vehículo de alquiler, aparcado en Stillingsweg, se trasladó a uno de los más céntricos restaurantes, donde comió con singular apetito.

Desde la cabina telefónica se puso en comunicación con la sección de informes de la

M. G. B.,

en el palacio Ducal. ¡No había novedad!

Se acomodó de nuevo, escuchando con deleite el programa de sobremesa que interpretaba la orquesta local. A las seis de la tarde se decidió a ir a Waldersee Strasse.

Notó un extraño hormiguillo en el cuerpo al ascender los dos tramos de escalera e introducir su llavín en la cerradura. Del bolso de mano sacó una pistola, que esgrimió con mano firme.

Despacio, para que el ruido de las pisadas no la delatase, llegó al desierto cuarto de estar. Tal vez se había equivocado en sus sospechas.

Con todo género de precauciones alzó la cortina de su alcoba. No tuvo tiempo de disparar. Un hombre, de rostro desconocido, le arrebató el arma de un manotazo, empujándola fuera.

—Siéntate, Maureen. Celebro verte.

Le reconoció por la voz.

—¡James!

—El mismo. ¿Qué te parece mi caracterización? Ninguno de tus estúpidos espías será capaz de identificarme. Tuvimos los dos la misma idea.

—Sí. Vine a esperarte. ¿Qué quieres de mí, Smith?

—Detenerte por el asesinato de Thomas Deering.

—Cumplí con mi deber. Tú obedeces al

F. B. I.;

yo, a la

M. G. B.

Yo opero en mi país; tú, en el extranjero. No seas necio y márchate. ¿De qué te ríes?

—De tu ingenuidad. No pertenezco a la Oficina Federal de Investigación. Yo soy... ¿Te acuerdas de que una vez me interrumpieron los de la Volkspolizei, cuando iba a confesarte mi personalidad?

—Sí.

—Pues bien: mi verdadero nombre es James Deering. ¡El

hermano de Thomas!

Ella retrocedió unos pasos, con los ojos agrandados por el terror.

—¡No!... ¡No es posible!

—Sí. El enmascarado que te arrebató las cartas era William Clemens, agente del

F. B. I.

y con el que me puse de acuerdo en Rhein-Main para emprender esta aventura, que sólo puede terminar de una forma: con tu traslado a la zona americana para responder de tus crímenes.

—Pero tú afirmaste...

—Me limité a asentir a una sugerencia tuya. Pese a tu inteligencia, jugué contigo. Al matar a Ulbricht y creerme en tu poder, te vendiste. ¿Conoces este pasaporte? Es el mismo que utilizaba Thomas para venir a verte. Me limité a cambiar la fotografía.

Mostró un carnet, que ella no cogió. Aún le duraba la sorpresa producida por la inesperada revelación de James.

Se sentó, con movimientos estudiados. Necesitaba ganar tiempo para que Gronchi interviniese.

—¿También es mentira lo de tu transformación física?

—No. Al intentar salvar a mi hermano me abrasé. Quedó tan horrible mi rostro, que, en Múnich, solicité los servicios de un cirujano. ¿Por qué querías entregarte a la Volkspolizei la noche en que fuimos denunciados por Werner?

—Me interesaba ponerme en contacto con los míos para decretar la muerte de Ulbricht. Tú malograste mis planes, sacándome de la casa. ¿Me dejas que beba un poco de «*whisky*»? Te aseguro que no tengo escondido ningún arsenal.

—Lo supongo. Sírreme a mí también. ¡Qué pena, Maureen, que te hayas consagrado al servicio del mal! Eres hermosa e inteligente.

La muchacha no respondió. Con pulso firme llenó dos vasos, ofreciéndole uno a su enemigo.

—¿Cómo piensas llevarme a la zona americana? ¿Cuándo?

—Lo sabrás en el momento oportuno. Ahora esperaremos a que anochezca. ¿No te remuerde la conciencia tanto crimen?

—No. Soy una pieza más del engranaje de la

U. R. S. S.

Carezco de responsabilidad.

—¿No has temido nunca a Dios?

—No medité en eso.

Disimuladamente miró su reloj de pulsera. Faltaban diez minutos para que Gronchi, de acuerdo con las órdenes recibidas, se decidiera a actuar. Pretextando calor, se desabrochó el vestido.

Transcurrió el tiempo. James miraba a la mujer, inquietándose al verla tranquila. ¿Qué peligro le amenazaba?

Un pequeño ruido le hizo incorporarse y esgrimir el arma. Maureen comenzó a hablar en tono alto, deseando distraerle:

—¿Por qué no hacemos un pacto? Yo no fui la culpable directa de la muerte de Thomas. Me opuse. Fue Werner el que le sentenció.

—¡Calla!

Con la pistola en disposición de disparar miró al pasillo. Gronchi, con un revólver en la mano, apareció, y los dos hombres se miraron.

—¡Suelta eso! —Mandó el de la

M. G. B.

¡Suéltalo!

—Hazlo tú —respondió Deering, serenamente—. Por muy deprisa que dispires me sobrará tiempo para llenarte el cuerpo de plomo. No tengo deseos de sobrevivir a esta aventura.

Gronchi se volvió a Maureen, recabando órdenes, y ese segundo de vacilación fue aprovechado por James para apretar el gatillo, apuntando a la automática del espía, que saltó como arrebatada por una mano invisible.

—Ahora estáis en mi poder.

La mujer, aprovechando que la atención de Deering se centraba en el hombre, empuñó el «Smith» que ocultara en su cintura, haciendo fuego. James, que se apercibió del movimiento, saltó a la izquierda, librándose de una muerte segura. Su revólver tronó una vez, alcanzando a Maureen en el pecho. Fue a corregir la puntería, para defenderse de Gronchi, pero éste caía sobre él, machacándole el rostro con sus puños.

Retrocedió, enfundando. ¡Tenía que huir! Las detonaciones, atraerían a las patrullas de vigilancia.

Propinó a su enemigo un formidable «uppercut» que le hizo tambalearse. Sin concederle tregua, extendió el pie con violencia, alcanzándole con la puntera del zapato en el bajo vientre. Gronchi

se retorció, cayendo sin sentido.

James, tras apoderarse de la pistola del agente de la
M. G. B.,

se acercó a la muchacha. Nada más verla comprendió que la restaban minutos de vida.

—No te odio, Maureen. Me das lástima. Si me dejan tus esbirros telefonaré al inmediato puesto de socorro para que hagan lo posible por salvarte. Adiós.

Ella no pudo responderle. Sus ojos expresaban una angustia inmensa. La violencia, a la que sirvió, la había hecho suya.

Vio alejarse a James y quiso incorporarse. Un velo negro cubrió sus ojos y notó que algo caliente le resbalaba por las comisuras de los labios. Dio un grito espantoso al ser asaltada por una idea: tal vez Thomas la esperaba en el Más Allá para pedirle cuentas de su traición.

El tránsito fue doloroso...

Mientras tanto, Deering, consciente del peligro, corría por Waldersee Strasse. Dos mujeres se miraron, consultándose sin palabras. Una sacó una pistola del bolso, abriendo fuego. James, sorprendido, se aplastó contra la pared. Un proyectil se había clavado en su hombro, produciéndole insoportable dolor.

Oyó silbatos y voces de órdenes. Un sargento y tres miembros de la Volkspolizel iban tras él. Acorralado, se dispuso a morir matando. Varias balas se estrellaron a unos centímetros de su cabeza. Los agentes femeninos de la

M. G. B.,

que seguían a Gronchi por orden de Maureen, afinaban la puntería.

Rabioso, disparó con ambas manos. Vio caer a las mujeres y emprendió de nuevo la fuga en dirección al jardín Schiller. Confiaba en desorientar a sus perseguidores entre la exuberante vegetación. En último extremo, siempre podría arrojarle al Mulde. ¡Lo importante era llegar!

Las balas aullaban en torno suyo y los viandantes, sorprendidos y atemorizados, se quitaban de su camino. Deering notó un brusco choque en una pierna. Imposible continuar.

Cayó en la acera. Con un formidable esfuerzo se puso de rodillas, cara a sus perseguidores. Un automóvil se detuvo junto a él, con un chirriar de frenos. Deering no dio crédito a lo que veía.

William Clemens, mientras descendía del vehículo, le gritó:

—¡Tira a matar! Oblígales a detenerse.

James obedeció, haciendo morder el polvo a uno de los soldados. Los demás, impresionados por aquel alarde de puntería, se arrojaron a tierra.

El agente del

F. B. I.

cogió a su camarada por los brazos, arrastrándole al coche.

—No te preocupes por mí, William.

El automóvil se puso en marcha y, conducido por la experta mano del agente especial, cruzó como una exhalación frente a los miembros de la Volkspolizei. Un cristal fue astillado por una bala.

A extraordinaria velocidad cruzaron Albrecht Strasse y, atravesando el paso a nivel, alcanzaron Querallee, que, bordeando el mausoleo y el palacio del Príncipe Jorge, conduce a las afueras de la población.

—No debiste arriesgarte, Clemens. Nos cazarán a los dos.

—Les será difícil. Procura contener la hemorragia. ¿Te sientes capaz de conducir?

—Creo que sí. ¿Por qué lo dices?

—Nos siguen.

El del

F. B. I.

frenó, dejando el puesto de chófer a su camarada, que se apresuró a reanudar la huida. William levantó el asiento posterior, dejando al descubierto una cavidad en la que había, a más de una ametralladora «Thompson», un cinturón con bombas de mano. Rompió uno de los cristales con la culata de su automática y, arrancando la anilla de una granada, la arrojó al centro de la carretera, gritando:

—¡Pisa a fondo!

Una formidable explosión sonó a sus espaldas. El coche perseguidor hubo de hacer una violenta guiñada para evitar un bache que, a tanta velocidad, era capaz de hacerles volcar. El vehículo de la Policía, de más potencia que el de William, continuó ganando terreno.

—Reduce la marcha, James. Déjales que se acerquen.

A menos de diez metros, los proyectiles comenzaron a perforar

la carrocería del coche. Clemens, con la «Thompson», apuntó cuidadosamente a las ruedas delanteras y lanzó ráfaga tras ráfaga. Con alegría vio derrapar el automóvil de sus enemigos, que quedó atravesado en la carretera.

—¡Estamos salvados, Deering! —exclamó, gozoso.

No obtuvo respuesta. Inquieto, miró a su camarada, cuya cabeza descansaba sobre el volante. ¡Acababa de perder el sentido!

Intervino a tiempo para evitar estrellarse. El automóvil, sin la presión del pie de James sobre el acelerador, se detuvo. El agente del

F. B. I.,

por carreteras de tercer orden, se dirigió a Halle, donde un camarada del Departamento les prestaría ayuda.

Entró en la ciudad a altas horas de la madrugada, Conocía la población y no encontró obstáculos.

En una quinta de las proximidades del ferrocarril llamó repetidas veces. Una voz, para William familiar, inquirió:

—¿Qué desean?

—

F. B. I.

Richard. Traigo un herido.

Se abrió la puerta, apareciendo un hombre de unos treinta años, en bata de casa.

—¡Clemens!

—Llévame a tu cuarto.

Con paso rápido recorrieron varios pasillos, entrando en una habitación, en cuyo fondo había una cama, con las ropas revueltas. William acostó a James.

—¿Estás solo? —inquirió.

—No. Me acompañan dos agentes.

—Que uno se encargue de hervir agua para hacer una cura de urgencia y que el otro esconda el automóvil. Dentro de unas horas, la zona soviética hervirá de miembros de la

N. K. V. D.

y la

M. G. B.

Me inquieta la vida de este hombre.

—Aquí no vendrán a buscarnos. Soy amigo personal del jefe de

Policía. ¿Quién es el herido? Está muy pálido.

—Ya te explicaré. Desde que ingresé en el

F. B. I.

no he corrido más impresionante aventura. Nos hemos salvado de milagro.

Desnudé a James, empapado en sangre coagulada, descubriendo dos heridas, taponadas con pañuelos. Deering, acometido por la fiebre, empezó a delirar:

—¡Maureen!... Soy el hermano de Thomas... He venido a vengarle.

—Dame «Piramidón», Richard. ¿Conoces a algún médico de confianza? Es necesario sacarle las balas.

El rostro del miembro del

F. B. I.,

residente en Halle, se ensombreció:

—No puede ser. El sistema policíaco soviético es la delación. Imposible fiarse de nadie. Yo le operaré. Tengo algunos conocimientos de Medicina. Voy por el botiquín portátil.

Salió de la estancia sin aguardar respuesta. Clemens, angustiado, tomó el pulso a Deering y elevó la mirada a lo alto, en una muda oración...



En todos los buenos quioscos venden

AVENTURAS DEL F. B. I.

**Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles**

IX

RHEIN-MAIN



escuadrillas de
«C-54»

L coronel jefe de las

cruzó las pistas de aterrizaje, dirigiéndose a un edificio de ladrillo situado junto a la torre de observación. Le acompañaba un hombre, con el rostro sonriente, que, por dos veces intentó hablar. El militar le hizo señas, indicándole que era imposible un diálogo entre el estruendo de los motores. Al fin, el vestíbulo de la casa autorizó:

—Diga ahora, Clemens. Fuera no hay modo de entenderse.

—¿Qué piensa decirle de Thomas?

—No se preocupe. Tengo la solución. Le sorprenderá también a

usted. ¿En qué habitación le han dejado?

—En la sexta. Está fuera de peligro. Se comportó como un héroe. ¿Vamos?

Anduvieron por un pasillo, deteniéndose ante una puerta de cristales esmerilados. Clemens hizo girar el picaporte, cediendo el paso a su acompañante. James Deering, al reconocer a su coronel, intentó sentarse en el lecho.

—Quieto, capitán. He querido ser el primero en saludarle. Le daba por muerto. Resulta difícil reconocerle. Marchó con un rostro tan horrible... Aunque no ignoraba que iba a operarse, el éxito de la intervención me sorprende. Otro motivo para darle la enhorabuena. Sé por William sus aventuras.

—¿Nada más? —inquirió James.

—¡Todo! Su hermano no nos traicionó. Me avisó del «chantaje» de que pretendían hacerle objeto y de su amor por Maureen Golesti. Era una buena pista para nuestros hombres del Servicio Secreto. Ordené confeccionar unos planos con datos falsos. Pedí a Thomas su palabra de honor de que no confiaría nuestras intenciones a nadie, ni a usted. Sacaron la fotocopia de los falsos documentos. El espía fue seguido. Independientemente del éxito de ustedes, se está desarticulando la organización rusa en Alemania. Puede estar orgulloso de su apellido. No le empaña la más leve sombra.

James Deering no pudo responder. Una profunda emoción le embargaba. Tendió su mano para estrechar la de su coronel y sus ojos se humedecieron de lágrimas.

—El único error de Thomas —prosiguió el militar— fue no sospechar la trampa que encerraba aquel paquete. Murió creyendo en la inocencia de Maureen. Le dejo con William. He de atender al servicio.

—Gracias, mi coronel. A sus órdenes.

Una vez solos los dos amigos se miraron. Clemens sonrió:

—Terminó la pesadilla. Dentro de una semana volarás de nuevo, cara al cielo, a la libertad.

—Aún no te he preguntado cómo llegaste a tiempo de salvarme.

—Transmití en Morse los informes obtenidos. Supuse que me necesitarías. ¿Un cigarrillo?

Deering aceptó, y segundos después, las volutas de humo se enroscaban en el aire, mientras fuera continuaba la «Operación

Vituallas». Los valientes pilotos arriesgaban su vida en pro del pueblo alemán...

FIN

Secreto de estado

el más importante secreto de una nación
cae en manos de un agente secreto que...

Eddie Thorny

el autor que sabe manejar hábilmente los
resortes de la intriga de la emoción, gracias
a su maestría demostrada en incontables y
excelentes novelas de primera clase literaria
y aventurera.

Secreto de estado

se publicará próximamente en la magnífica

Colección F. B. I.

Aventuras del F. B. I.

¡EL MEJOR DIBUJANTE AL SERVICIO DEL
TRIO DEL VALOR!

NOTAS

[1] El *Deutschland über alles*, prohibido actualmente en Alemania, fue escrito por Hofmann von Fallersleben en la primera mitad del siglo XIX. Su versos son un elevado canto patriótico. Copiamos dos de ellos, oportunamente traducidos: «Unidad, Justicia y Libertad a la patria alemana. Levántate Alemania al calor de esa esperanza».

< <

[2] La

M. G. B.

es la fuerza de espionaje y contraespionaje ruso y en la actualidad
está dirigida por Abakumov. < <

[3] Diario norteamericano en lengua alemana. < <

[4] Comisariado de Asuntos Exteriores. < <

[5] Laurencio Paulovich Beria, miembro del Politburó, controla la N. K. V. D.

y los servicios de espionaje y contraespionaje. < <

[6] Ocioso, pedigüeño. < <